LA NOVELA

EN EL TEATRO

CARTAS DEL SEÑOR

D. JOSÉ M. DE PEREDA

CON ACLARACIONES Y COMENTARIOS

DE

LUIS RUIZ Y CONTRERAS



F. GRANADA Y C.ª, EDITORES

344 - DIPUTACIÓN - 344

BARCELONA



LA NOVELA EN EL TEATRO

Tip. El Anuario.—Diputación, 344.—F. Granada y C.ª
(Obra compuesta con máquinas LINOTYPE*)*

LA NOVELA EN EL TEATRO

CARTAS DEL SEÑOR

D. JOSÉ M. DE PEREDA

CON ACLARACIONES Y COMENTARIOS

DE

LUIS RUIZ Y CONTRERAS



F. GRANADA Y C.ª, EDITORES

344, DIPUTACIÓN, 344 | MESONERO ROMANOS, 10

BARCELONA | MADRID

ÍNDICE



A D. Salvador de Pereda.

Mi estimado amigo: Mientras, con mala fortuna para tu padre y para mí, se tramitaba este pleito desdichado, tú, conociendo las opiniones entusiastas y el afán de homenaje que pública y espontáneamente se produjeron en el Madrid que bulle y se apasiona, quisiste sostener mi ánimo, ya que tu mucha mocedad no te permitía combatir las influencias de inoportunos consejeros.

—«Tenga usted calma, y mi padre al fin se convencerá»—me decías.

Insistí, hasta que se me acabó la calma, y puse término al asunto, renunciando para siempre á una intimidad que fué orgullo de mi juventud.

Los años endulzan los dolores y acrisolan las verdades, pero no remedian el mal.

Cuando publiqué la primera edición de mi libro, en el relato de mi azarosa lucha me abstuve de referirme á tu buena voluntad; pero el tiempo, la distancia y la muerte autorizaron esta demostración de agradecimiento.

LUIS RUIZ CONTRERAS

Indiscreciones ó confidencias, la palabra no importa; el hecho me seduce. Vivimos en una reserva excesiva; la calumnia se pregona, pero la intimidad se guarda. No ya los documentos literarios; las mismas obras, primorosamente pensadas y escritas, carecen del perfume que sólo se respira en lo más profundo, en lo más reservado, en lo más íntimo. El alma española esconde sus aleteos y sobresaltos, disfraza sus vacilaciones con actitud severa, como si el temblor y la duda fuesen el estigma de los cobardes y de los impotentes.

Hay que aparecer á todas horas en gallarda postura; si el fingimiento endurece los perfiles y enfría las palabras, en cambio, la rigidez de nuestro porte y la sequedad indigesta de nuestro lenguaje acreditan la mesura del espíritu. Queden adentro los desencantos, los errores, las ceguedades, las malicias y las miserias; un saludo cortés, una sonrisa helada y una frase ingeniosa, serán todo lo necesario para ponernos en relación con las gentes...

Declaro que nunca me resigné á tales fingimientos; que siempre me ha parecido saludable una sinceridad á toda prueba. No es la costumbre. Vivimos en el país hidalgo que sale á la plaza con el mondadientes en la boca sin haber comido, y no por falta de hambre; pero aun á riesgo de que me huyan ó eviten como á un apestado y juzguen mi amistosa confianza como un castigo, echo á volar mis intimidades.

¿Qué le importan al público nuestras fortunas ó nuestros desaciertos, nuestras hipocresías ó nuestros agravios? A mi ver le importa, y mucho, sentir las vacilaciones, las incertidumbres de toda labor humana; pero cuando se nos muestra la de un espíritu poderoso, de un artista genial cuyas creaciones asombran, el interés del suceso atrae á los más indiferentes. Mi relación, harto sencilla, ofrece sin duda este irresistible y singular encanto.

I

En Julio de 1900 hizo uno de sus viajes á Madrid el insigne D. José M. de Pereda, y animándole yo, como siempre, y lamentando él su «cansancio intelectual» como de costumbre, recayó la conversación en los «éxitos», que de tan diferente modo perciben el novelista y el dramaturgo.

—¿ Le atrae á usted el aplauso ?—pregunté.

—No hay manifestación más clara del triunfo—me respondió.

Y comprendí que ansiaba esa caricia gigantesca de una muchedumbre á su autor favorito.

—¿ Por qué no hace usted algo de teatro ?

—Imposible ; siempre me quedo en la presentación del asunto : el conflicto, el desarrollo, se me resisten. Conozco bien mis aptitudes. En manos de mis íntimos puse la edición de mis comedias... que sólo valen para ellos, como recuerdo mío.

—*La mujer del César* ha sido comedia, sin duda. Se ven los tres actos aún.

—Sí; fué comedia, mala, como todas las mías.

—Pues yo veo en algunos libros de usted elementos muy aprovechables y de verdadera hermosura para el teatro. Hay caracteres preciosamente definidos, hay situaciones de mucha novedad, escenas «plásticas», movidas, con un diálogo encantador, hay gracia y sentimiento. ¿Qué más quiere?

—Interés teatral. Pepe Quintanilla planeó en otro tiempo *La Montálvez,* acertando á meter en el drama toda la novela... Era mucho drama, y allí está, en un cajón, arrinconado.

—*La Montálvez* me parece la obra menos oportuna para un intento. Usted debe ir al teatro con un asunto montañés, como el de *Peñas Arriba* ó el de *La Puchera,* que son hermosísimos dramas.

Hubo un silencio, y de pronto, le pregunté:

—¿Quiere sentir el triunfo «palpable»? ¿quiere que le aplaudan este año en el Español?

—¿De qué modo?

—La cosa es muy sencilla. He visto en *La Puchera* una obra dramática de mucho interés; puedo planearla fácilmente y servirme de bastantes diálogos, á condición de que usted rehaga todo lo nuevo escrito por mí.

—Los diálogos nada me cuestan; los haría en un santiamén.

—Pues á ello me pongo desde mañana, y antes de ocho días verá usted la distribución y variaciones del asunto.

A la semana siguiente leíle mis apuntes, y como no adquiriera por ellos idea exacta del trazado, le dije:

—Sólo necesito saber ahora si lo añadido, lo que pongo de mi cosecha, desdice de los caracteres creados por usted y de la marcha natural de la obra.

Fuí aclarando una por una las variaciones, y nada le pareció inverosímil.

—Antes de que vuelva usted á la tierruca terminaré la obra, y podrá usted llevársela para trasladar al estilo propio de los personajes lo que yo apunte... confiado en la traducción.

—Se hará la traducción al propio lenguaje del Tosco, de Pilara y del Berrugo.

Yo estaba seguro de mí: ¿no conseguiría labrar una escultura interesante con aquel hermosísimo bloque? Y á donde yo no alcanzara, la mano del maestro en el arte de dialogar y describir, cubriría mis deficiencias. La obra cabía en el escenario, sin violentarla, sin desmentir sus

caracteres. Engarzaba situaciones y recursos del novelista en su desarrollo, y cuando era imprescindible una soldadura, buscaba en algún capítulo de la novela su justificación.

II

Una fiebre, interrumpiendo mi trabajo, me retuvo en cama bastantes días. Entonces ocurriósele á D. Federico Balart acudir á D. José M. de Pereda solicitando una obra, y el autor de *La Montálvez* puso en autos al director del teatro Español de todo lo que habíamos tratado, rogándole que se avistara conmigo.

Volvió á Santander el maestro; escribí á don Federico, y entretuve mi convalecencia recortando en dos ejemplares de la obra los diálogos que debían aprovecharse, con supresiones fáciles de comprender, pues el diálogo de la novela no es tan conciso como el del teatro, pero sin añadir en ellos ni una palabra.

Fué muy sensible para mí no haber podido realizar toda mi labor antes de que mi venerado maestro se ausentara. Viéndole todos los días, consultándole cada escena, oyéndole y explicándome acerca de cada punto, aisladamente, *La Puchera* sería hoy una realidad encantadora.

Sin que se me ocultaran las complicaciones

posibles en lo futuro, no me desanimé previéndolas, y en cuanto pude salir de casa encaminéme á la del Sr. D. Federico Balart.

No le conocía personalmente, como no conozco aún, después de quince años de vida literaria en Madrid, á la mayoría de los personajes amigos de todo el mundo; mi trato se reduce á las relaciones que me ofrece la casualidad.

Puesto en la ocasión, halagábame conocer á un escritor ilustre, de cuyas obras era yo devoto, y creíame obligado á disculpar un retraimiento, impropio de pretendientes y advenedizos. A mis palabras, más leales que bien zurcidas, respondió:

—No extraño que un hombre cuide más de adquirir ideas que de hacer amistades. Tampoco yo, en mi juventud, busqué la sombra de los que pudieron dármela. Y aun cuando usted no vino á mí nunca, yo le conocía: el prólogo que puso á su obra *El pedestal* es una labor muy estimable de crítico y de literato. La comedia me gusta; pero ¡aquel prólogo!

Esto me satisfizo mucho por la índole del trabajo á que se refería; otro muy semejante, dirigido al filósofo de *La muerte y el diablo*, mereció del ilustre Pereda estas lisonjas en 1892:

«He leído, y más de una vez, su mal llamado

»*libelo,* que, sin adular á su autor, me parece »una de las obras más discretas y contundentes »que se han publicado en su género. No deja »hueso sano á su *cómplice,* y con ser tan par»ticular, entraña un alcance de gran monta en el »revuelto mundo de las quisicosas teatrales y sus »aledaños. De aquí el interés con que se lee el »folleto, magistralmente hilvanado.»

Cuando un publicista ve casi rechazada su labor sincera por los «timoratos» que usan de su mansedumbre para servir á los hipócritas, esforzándose porque la obscuridad y el olvido cubran sus torpes acciones, alegra oir palabras prudentes en labios ilustres.

Me animó el recibimiento del Sr. Balart, recordándome—después de ocho años—el juicio de Pereda, y comencé á enterarle de mis propósitos, leyéndole cuanto había escrito del proyectado y hermoso drama. Me propuso variaciones, que me parecieron muy atinadas, y volví á mi labor con más empeño, fortalecido y esperanzado.

En la Dirección del Español, que ofrecía poner la obra con lujo, á todo coste, prometiéndose un triunfo, hallaba *La Puchera* excelente acogida. Los obstáculos nacerían muy luego en otra parte.

III

Por cartas, y sin poder evitar influencias inconvenientes, el asunto variaba de aspecto. Vean, en las que recibí, la marcha que llevó; y ha de producir mucha sorpresa observar de qué modo realza en escritos á vuela pluma todas las excelentes condiciones de su estilo, ofreciéndose como en sus novelas, el narrador impecable.

Agosto 2 de 1900

Sr. D. Luis R. Contreras.

Mi querido amigo: En Polanco recibí su grata del 18 de Julio, y días antes el paquete de libros á que en ella se refiere. Lo peor es que con los apresuramientos del viaje se me quedaron allí olvidados los libros, y no podré hacer la distribución de ellos, que me encarga usted, hasta que vuelva un día á Polanco y los recoja.

Aquí estoy desde que comenzaron las fiestas veraniegas el 22, mortificado por el calor, las trillas y el ruido, porque así lo piden los deberes *de pádre de hijos mozos que se avienen mal con el sosiego y la soledad del campo, mientras en la ciudad, á dos pasos de él, trincan y danzan los mundanos de la colonia forastera con que todos los años castiga Dios á los* quiescentes *de esta capital. De modo que con estas contrariedades y mis ya escasos fuegos de la hornilla, me estorba la pluma hasta para escribir una carta. No le extrañe, pues, el retraso con que le contesto, avergonzado de ello, después de recibir su otra carta del 29.*

Decíame usted en la primera que aun estaba enfermo, y como en la segunda no insiste en la noticia, complázcome en creer que se habrá aliviado. Dios lo quiera así. ¿Sabe usted que se murió el pobre Mazón ahí, pocos días hace? Después de haber estado muy poco tiempo en la casa de salud de Santa Teresa, donde le puso un médico amigo y paisano nuestro, le llevó á su lado una hermana suya, monja de la Caridad en el Hospital de la Princesa, y allí dió el alma á Dios el pobre amigo, á quien no puedo olvidar un solo momento.

Lo que usted me cuenta de su última entrevis-

ta con Balart me es muy satisfactorio, y ardo en deseos de que rellene *el plan escénico de que me enteró ahí, para poder formar juicio aproximado de la obra. Supongo que me irá mandando los actos á medida que los concluya, pues de esta manera me será más fácil y desembarazado el examen de cada uno de ellos. ¿Opina usted lo mismo?*

La noticia que dió esa prensa de los «diálogos regionales», la hice rectificar en los periódicos de aquí, dejándola reducida, en cuanto á mí se refería, á lo que dije á usted después de la visita que me hizo D. Federico Balart: ¡Es mucha prensa esa de Madrid!

No me sorprende lo que este maestro dijo de las aptitudes de usted, pues yo le oí hablar en igual sentido, y es muy natural que le sirva á usted de estímulo para su labor de literato y de artista. En cuanto al éxito con que sueña de La Puchera... *Dios le oiga.*

Siempre suyo afectísimo amigo que le abraza, —J. M. de Pereda.

Queriendo evitar... lo inevitable, no accedí á enviarle uno á uno los actos: me parecía conveniente obtener primero la completa y autorizada opinión del Sr. Balart, para cubrirme con ella.

Es más; decidí llevarle yo mismo los cuadernos á mi estimado colaborador, leérselos á solas, y que á solas discutiésemos las variaciones y enmiendas, antes de proceder á la imprescindible adaptación de los diálogos nuevos.

Agosto 6 de 1900

Sr. D. Luis R. Contreras.

Mi querido amigo: Puesto que, según usted me dice en su carta del 3, el Sr. Balart desea ver toda la obra terminada, y enterarse de ella antes de que la conozca yo, hágase así desde luego, si á usted le parece. Cuanto más depurada venga á mis manos, mejor. ¿Cuántos actos ha de tener? Que estoy lleno de curiosidad por ver lo que sale del plan escénico que usted me leyó, no necesito decírselo. ¿Se prescinde en absoluto de Quilino?

No conceptúo de necesidad que usted se tome la gran molestia de venir con el M. S., aunque no puede negarse que eso abreviaría el trabajo de las enmiendas, que de común acuerdo aceptáramos después de la lectura. Sobre este particular usted resolverá lo que mejor le parezca.

Por anticipado le pido perdón por los muchos peros *que he de poner á su labor. Ninguna novela cabe en el teatro íntegramente, y para el autor de ella siempre ha de resultar mutilada y contrahecha su obra, ajustada á las estrecheces y convencionalismos del escenario.*

Dígame lo que ocurra en todo lo referente á la marcha de su trabajo y puntos que toco en esta carta, y otras semejantes, para gobierno de su afectísimo amigo.—J. M. DE PEREDA.

Yo procuraba en mis respuestas desvanecer todas las dudas y presentar la obra como yo la veía. Ciertamente, no se puede llevar al teatro toda la novela con sus varios incidentes episódicos; pero, el decorado y la realidad palpable de las figuras, mucho alcanzan. Un accesorio bien dispuesto, una frase bien dicha, *dibujan* á veces más que muchas páginas primorosas. Cuando el espíritu de la novela cabe y se amolda en el teatro, la novela toda se ajusta, sin quedar mutilada ni contrahecha.

Agosto 7 de 1900

Sr. D. Luis R. Contreras.

Mi querido amigo: He recibido sus dos cartas del 4 y 5, cruzadas en el camino con la que yo escribí á usted con la segunda de estas fechas.

Celebro que haya convenido con el señor Balart tomar en consideración mis observaciones. El monólogo del Berrugo, y en seguida el breve diálogo con don Elías, inmediatamente después que él notifique al primero el depósito de su hija, tras de ser de gran efecto escénico, redondea *el carácter de «ese hombre», y prepara lógicamente la catástrofe. También me congratulo de que no se muera en el teatro: es preferible que venga la noticia de que se ha estrellado al amanecer, con lo cual puede alejarse el lugar del suceso, tanto como lo pida la relación visionaria de don Elías en el segundo acto, y que el cura cuente lo que se le vió hacer en su casa la víspera después de salir de su leonera, en lo que se ven declaradas su locura y sus intenciones, y se atan cabos tan importantes como los de la Galusa y su sobrino.*

No hay más que copiar ese pasaje del último capítulo. Estas noticias puede darlas el cura an-

tes de que se conozca la de la muerte del Berrugo, por habérsele visto salir del pueblo con la cuerda al hombro antes de amanecer. De este modo no necesita comentario la noticia de su muerte, que puede traerla un pescador que presenció la caída desde el mar y hasta pudo oirle algunas palabras que en la novela le oyen el cura y los que con él van en la barquía, palabras que excusen la bendición del cura á tan larga distancia... Y si no, que se le lleven los demonios, pues merecido lo tenía.

En este acto, por ser el último, hay que poner los cinco sentidos, pues con la impresión de lo que en él ocurre, sale el público del teatro.

Poseído como estoy de la novela, no me es fácil encajar su asunto en los limitados contornos de un escenario; pero cuando le vea encajado ya por usted, con los dictámenes del señor Balart, es posible que se me ocurra algo de importancia que ahora no veo, y quizás logremos de este modo construir una pieza teatral que no disguste al público del género grande.

Dios lo quiera así; vengan los actos cuando guste, y mande á su afectísimo amigo,—J. M. DE PEREDA.

IV

Su desasosiego aumentaba; todas mis reflexiones eran inútiles para contener su inquietud; en lugar de penetrarse de cuanto le decía en mis cartas, frecuentes y extensas, abandonándose al rumbo de su imaginación, elaboraba en otro sentido.

Agosto 9 de 1900

Sr. D. Luis R. Contreras.

Mi querido amigo: En vista del nuevo plan que usted me pone de manifiesto en su grata del 7 y de lo muy adelantado que lleva el relleno *de la obra teatral, me apresuro á hacer á usted algunas indicaciones que conceptúo de mucha importancia. Ya he dicho á usted que no puedo, ni aproximadamente siquiera, juzgar del efecto de cada escena mientras no las vea dialogadas; pero no me pasa lo mismo en lo tocante al orden*

de los sucesos. Según el sumario de los actos 4.° y 5.°, preceden á la huída de Inés, á casa del Lebrato, el proyecto y la ejecución de la acometida á la cueva del Tesoro. Considere usted que este es un acto de verdadera locura, en el cual no puede caer ni el Berrugo mismo sin una sucesión gradual de acontecimientos que la justifiquen, como ocurre en la novela. La huída de Inés le saca de sus quicios, y la noticia de que está depositada judicialmente para casarse con Tomás, le anonada primero y luego le enfurece. Meditando sobre el caso, ya fuera de sí, cae en el recuerdo del tesoro, y con la visión de él casi palpable, entra don Elías á referirle la suya, y acaba de enloquecerle (pág. 488 á 498, en la primera edición, que no deben faltar, aunque sea algo abreviadas, en el drama). Este es el orden que deben seguir los sucesos en él.

Tampoco debe D. Elías acompañar al Berrugo en su loca empresa. Este debe acometerla solo, y pueden recogerle algunos pescadores que le vieran caer, como puede don Elías encontrarlos á todos en el camino cuando le traen moribundo, y volverse con ellos.

De todas maneras, temo que estas cosas, por bien encadenadas que vayan, han de dar á la obra mucho carácter de melodrama.

Si mal no recuerdo, en el primer resumen de cada acto que me leyó usted ahí, señalaba las páginas cuyos diálogos pensaba utilizar para las respectivas escenas. ¿Le molestaría á usted mucho enviarme esas notas, para ir yo formando juicio, confrontándolas, antes de que llegue la obra terminada?

Y dígame usted, ¿no podría prescindir de sacar á escena á D. Baltasar moribundo? Cabe suplirlo con un relato de don Elías, por ejemplo, ó del cura, que le hubiese visto muy á lo lejos caminar hacia el peñasco con la cuerda al hombro, después de haber presenciado en su casa la escena que refiere el cura en la página 503; que esto le obligase á seguirle, que llegara tarde, y etcétera... En fin, usted verá.

Espero sus noticias, y quedo como siempre suyo afectísimo amigo,—J. M. DE PEREDA.

V

Yo había ordenado ya por completo mi composición. Exceptuando á Quilino, personaje accidental, en ella entraban todas las figuras de la obra, sin perder su carácter; es más: á mi juicio, la perspectiva escénica daba mayor importancia, más relieve á las principales creaciones del novelista; y viéndolo todo claramente, representándomelo punto por punto, palabra por palabra, movimiento por movimiento, concibiendo la decoración con sus luces propias, con su encanto singular, con sus matices delicados: aquel paisaje verde y silencioso, tantas veces admirado por mí al despedirme del maestro en su retiro de Polanco, aparecería, no copiado sino compendiado en la escena, ofreciendo toda su emoción poética y melancólica.

Yo *vivía* el drama, y aun hoy, al recordarlo

3

para escribir estas cuartillas, resurge y se presenta en mi pensamiento como pudo presentarse al público ansioso.

Porque la obra en embrión ya preocupaba, interesando profundamente. Un revistero había publicado su entrevista con el señor Balart; muchos periódicos repitieron la noticia; el público la recibió con entusiasmo. Todo el mundo se prometía un suceso feliz, y no por infundadas ilusiones: la novela es muy conocida, el autor muy estimado; sus fervientes lectores veían una oportunidad para mostrar ostensiblemente la devoción que profesan al artista. No era imaginable siquiera un fracaso, porque no hubiera ido nadie á *juzgar,* decididos todos á sentir el encanto, el perfume de una creación tan admirada.

—Y usted, señor cuervo, ¿pensaba vestirse aquella noche con las plumas del cisne?

Al que me haga esta razonable pregunta, le responderé tranquilamente:

—Yo había dicho: mi labor es de carpintero; me dan la madera, los dibujos y hasta el sitio en que debo emplazar mi obra; me dan hechas las tallas. Mi trabajo se reduce á disponer los materiales, á *elegir* las piezas evitando los nudos y á procurar un perfecto ajuste, buenas ensambladuras. Mi nombre no debe figurar en los carte-

les: basta que la prensa me recuerde, advirtiendo que dispuse la forma teatral, y el verdadero autor haga lo propio en la dedicatoria del drama.

VI

Sigamos adelante.

Agosto 15 de 1900

Sr. D. Luis R. Contreras.

Mi querido amigo: Siento en el alma el en-friamiento *que le produjo á usted mi carta anterior; no tiraba yo á eso, sino á proponerle algunas enmiendas de más fácil ejecución, ahora que estamos en los hilvanes, que cuando empiece usted á pespuntear. No valga, pues, lo dicho, y cállome hasta ver la obra concluída, por lo cual, hasta me he abstenido de evacuar las citas de páginas que le pedí, y ha tenido usted la bondad de enviarme;* pero *no le choque, ni me riña, ni se resienta si después de enterarme de la obra escénica le acoso á usted con reparos. ¡Qué más quisiera yo que hallarlo todo á mi gusto! Ya se lo advertí en su día. Trabaje, pues, con entera*

independencia, y no se apresure ni fatigue, que nada importan quince días de más ni de menos, y mándeme el fruto de su labor cuando mejor le parezca.

Cúidese al propio tiempo, alíviese de su achaque y ordene á su amigo afectísimo,—J. M. de Pereda.

El trabajo avanzaba rápidamente. A punto de terminarlo, insistí en la conveniencia de mi viaje á Santander para llevar el manuscrito. Juntos debiéramos analizarlo; y sólo yo—porque á nadie interesaba más que á mí—debía recoger las primeras impresiones del maestro.

Para desmenuzar con acierto una obra dramática es preciso primero percibir en ella la emoción del público, ser público; luego entra el análisis, y se averigua el por qué de aquella emoción; el estudio nos dice la importancia de situaciones, que tal vez no comprendimos de pronto—no todos imaginan y proyectan de memoria el decorado y el personaje, que al público se ofrecen sin esfuerzo alguno—y nos convencemos de lo endebles que resultan otras que por sorpresa nos arrebataron.

Leer un drama, con ideas preconcebidas, llevando en la cabeza un desarrollo diferente del

mismo asunto, una limitación, un dique puesto de antemano á los recursos del autor; analizar la obra por partes, ligándola punto por punto á las objeciones que anticipadamente construímos, no es manera de adquirir conocimiento, y antes parece ansia de conservar el prejuicio, resistiéndose á formar justa opinión.

Esto mismo le sucede al público muchas veces. Acude al teatro con la comedia hecha, fundando su interés y su comentario en lo que le indica el título, en lo que se promete del autor, en algo que ha oído acerca de la novedad esperada, ó que le dan á entender—avanzando la representación—los actos anteriores. Pues bien; si esto sucede, si el público anticipa los acontecimientos, el autor puede temblar, porque difícilmente será su desarrollo el natural y verdadero. «¡Qué lástima que no tomara este ó el otro camino!» dicen los juzgadores ilustrados á la violeta. Y si lo justificasen... Pero lo dicen, y es necesario atenerse al procedimiento sumarísimo, que ya sólo conservan las leyes militares y los públicos de los teatros.

¿Quién, leyendo una hermosa novela, no supuso alguna vez *equivocado* al autor en la primera lectura y antes de terminarla?

Pues figúrense ustedes lo que sucederá, leyen-

do una obra escrita para el teatro, el propio autor de la novela cuyo asunto se dramatiza, si no procura olvidarse de lo suyo, para sumergirse del todo en la forma nueva y en vez de sentir sus encantos, que alguno tendrá, sólo siente las descoyuntaduras, las reducciones, las variantes obligadas.

Aparentemente, y fundándolo en lo mismo que acabo de indicar, se puede hacer una objeción. El público, ¿no conoce ya el asunto de la obra por anteriores lecturas? Y ¿será necesario también que olvide un momento lo que leyó, para sumergirse del todo en la forma nueva? Precisamente, por ser conocido el asunto, el refundidor procura encarrilarlo en sentido favorable á las opiniones del público y éste, lejos de verse defraudado, se hallaría muy agradablemente complacido.

No sucede otro tanto con el autor, acostumbrado á estimar como indispensables los menores accidentes y á ver sus figuras vivas con las proporciones que les dió; si alguna se reduce, ó por el contrario, adquiere mayor importancia, le parece que destruye la natural armonía de todas ellas.

Para contrarrestar inconvenientes con mis razonamientos y mis entusiasmos, quería yo asis-

tir á la primera lectura, y que resultara en ella desde luego la impresión del conjunto, sin juicios entreverados, notas marginales, ni observaciones embutidas.

Era lo justo y razonable ver primero la obra transfigurada, como si no conociésemos aquella de cuyo seno brotó. ¿Había unidad en sus partes, vigor en sus caracteres, interés en su desarrollo? Luego iríamos entrando en todos los análisis, en todas las relaciones de la novela con el drama, en lo segregado y en lo introducido, en lo que pudo conservarse y no se conservó, en lo que se había inventado con ó sin acierto.

Yo lo temía... pero no quise tomar ninguna resolución que abiertamente contrariara los deseos de mi admirable amigo. Insistí, sin embargo, para convencerle, pero no tuve razones bastantes, á pesar de que amontonaba todas las que me sugerían mi corto ingenio y mi justificada sospecha. El final de la carta siguiente contesta á la descripción que le hice del último acto, explicando la tramoya necesaria y corriente—sin dificultad ninguna para un buen maquinista—que debía emplearse cuando el Berrugo sube por la montaña y se aleja en busca del tesoro.

No lo detallo aquí porqué irá indicado en los apuntes que daré de la obra más adelante.

Agosto 19 de 1900

Sr. D. Luis R. Contreras.

Mi querido amigo: Con ser grandísimo el gusto que yo tendría en verle á usted por acá, prefiero á su venida en esta ocasión, el envío de los documentos. *A solas, y con ellos á la vista, seguramente ha de ocurrírseme algo que no se me ocurriría tratando el caso de palabra con usted ni con nadie. La discusión sobre temas que no conozco bien* aún, *me distrae y me desorienta. Soy de esa contextura. Procediendo á la inversa, me sucedería todo lo contrario, quiero decir: enterarme primero de la obra de usted, hacer las enmiendas que se me vayan ocurriendo, si es que, en mi concepto, las necesita, y discutirlas después verbalmente con usted si no las considerase bien fundadas. En una palabra: aplazar usted su venida, si continúa creyéndola necesaria, hasta que yo, después de enterarme bien de los* autos, *le diga:* ahora. *¿Qué le parece á usted?*

Entretanto, le recomiendo que medite un poco sobre el parecer que le expuse acerca de la muerte del Berrugo, y del modo de saberse que ha ocurrido.

Hay que proceder en este asunto con mucho tino y mucha sobriedad: que se sepa todo, pero que no se vea nada de ello.

El muñeco de que usted me habla nos exponía á un fracaso, arrancando, por deficiencias mecánicas, una carcajada en una situación patética. Nada de tramoya si no es para fingir los lugares de determinados sucesos, y aun de esto, lo puramente indispensable.

Suyo afectísimo amigo,—J. M. DE PEREDA.

No me dí por vencido, aunque resuelto á mostrarme obediente si no le convencía. Ya con la obra terminada, hice un esfuerzo más para defenderla.

Mi repetida insistencia tropezaba en otra insistencia firme; todos mis razonamientos chocaban contra una obstinación irrevocable.

Accedí; me resigné, respetuoso y obediente; no quise rebelarme. Sin embargo, escribí aún otra carta, llena de argumentos atendibles, y que obtuvo esta contestación:

Agosto 27 de 1900

Sr. D. Luis R. Contreras.

Mi estimado amigo: A mi llegada anoche de Comillas, donde he permanecido toda la semana,

me encontré sobre la mesa una carta del 20 y una tarjeta postal del 26. Esta ausencia mía ha sido la causa de mi silencio, que espero me perdone por involuntario.

Enterado de lo que me expone en su carta, y aunque me parece muy bien razonado desde el punto de vista de usted, como en el fondo no se opone á mi manera de ver esas cosas, insisto en que prefiero ver los autos *antes de oir las explicaciones, porque estoy seguro de que he de descubrir lo que haya en ellos sin otras obscuridades que las que da de sí en estas obras la diferencia entre lo vivo y lo pintado, y con lo cual se cuenta siempre en la lectura de ellas.*

Vengan, pues, cuando usted guste los actos manuscritos, y después hablaremos con la franqueza que yo gasto, y la importancia que el asunto requiere.

Siempre suyo afectísimo amigo,—J. M. DE PEREDA.

VII

Antes de seguir adelante, creo conveniente dar á conocer el desarrollo de la obra, para que se puedan estimar la justicia y la razón de todo lo que sigue.

LA PUCHERA

Drama en cuatro actos y en prosa

PERSONAJES

PILARA.
INÉS.—Hija de D. Baltasar.
ROMANA.—*La Galusa.*
JUAN PEDRO.—*El Lebrato.*
PEDRO JUAN.—*El Josco.*
D. BALTASAR.-*El Berrugo.*
MARCOS.—*Marcones.*
DON ELÍAS.—Médico.
TOMÁS QUICANES.
DON ALEJO.—Cura.

LOS PADRES DE PILARA.—MOZOS Y MOZUELOS

La escena en Robleces

ACTO PRIMERO

A la derecha, primer término, la casuca de El Lebrato. El camino de las mieses y las huertas cruza la escena desde la derecha, segundo término (por cuya parte se supone el pueblo) hasta la izquierda, primer término. Desde la derecha (todo en segundo término), el camino estrecho que sube y reaparece dos ó tres veces, serpenteando sobre la montaña. En el fondo, izquierda, la inmensa roca que guarda en una quebradura, por la parte del mar, «el tesoro del pirata». El perfil de la mole de piedra es practicable hasta el extremo saliente. A la izquierda, segundo término, otra montaña verde, al pie de la cual, y rodeándola, estará el camino de «la arcillosa». Al fondo el mar. Una sendita, que arranca del camino de las mieses, conduce hasta la puerta de El Lebrato. En la casa de éste se confunden y mezclan aperos de labranza y utensilios de pesca.

Asomando por el caminito de la *re,* avanza muy risueño El Lebrato, con los arreos, y buena provisión de lobinas, muebles y rodaballos; detrás El Josco, sombrío y áspero como siempre, también con buena pesca, y siguiéndoles en fila hasta una docena de mocetones y mozuelos, con el morral al costado, el retuelle al hombro, subidas las perneras hasta las ingles, los pies descalzos, los brazos en cueros vivos y la cabeza hecha un bardal; del primero al último se notará que la pesca fué menguando; el de la cola, con facha de perezoso, llevará sólo dos cámbaros, uno en cada mano, y el morral vacío. Todos ríen

á carcajadas «relinchando á más y mejor» del *dicho* que acaba de soltar El Lebrato.

Uno dice: «¡Conchis, qué célebre que está hoy!—Otro añade: «Venir á la *re* de El Lebrato es punto menos que dir á una comedia».—El de la cola exclama: «Yo no le oigo nunca, pero me río mucho de ver que sus reís.»

El Lebrato, con su graciosa prosopopeya, principia otro cuento: «Amigos de Dios: una vez pillamos á un general muy runflante de las fuerzas de los chinos... porque un mandarín echó un bando con cuatro aleluyas... que por equívoco, le sacaron de las trincheras...» Aquí se detiene; uno, interrumpiendo el silencio general, preguntó: «¿Y qué pasó?»—El Lebrato, que ya está en el camino de las mieses, á pocos pasos de su casa, responde sencillamente: «Nada; llegó la hora de irse cada mochuelo á su olivo. Que os aproveche».

Saludos afectuosos y alegres risas. Quedan solos, frente á su casa, el padre y el hijo. Y principian las cuentas y suposiciones de El Lebrato, que se pueden ver en el cap. 11 de la novela. En un breve diálogo, casi monólogo (pues El Josco apenas responde más que por signos, mientras la verbosidad inextingible de su padre corre como una fuente) se dibujan las dos figuras, y

asoma el amor del joven, manifestado por una sarta de peces, que prepara, diciendo... «Estos pa ella». El Lebrato se asombra: «¡Pa ella!... ¡Pero nunca otro tanto hiciste! Pedro Juan, ¿cómo tan ocurrío?»—El Josco murmura: «Porque lo merece... por eso».—El Lebrato añade: «La novedá es lo que me pasma. Con ello y con que se te atragante la voluntá...»—El Josco razona: «Es que he pensao que pué que me atriva mejor así.»—El Lebrato exclama: «¡Hombre! pues si en unos cuantos peces está, y no te fías bastante de esos pocos, llévate el canasto entero y verdadero. Con tal que ello sea...»

El Josco, sin aguardar á que su padre acabe, coge con una sola mano las dos sartas (la pequeña para el Berrugo: obligación, porque les tenía prestada una cantidad sobre la barquía; la grande para Pilara: devoción, porque le había robado el alma), y se dirige hacia el camino de las mieses para tomar á la derecha la dirección del pueblo. El Lebrato entra en su casa, y cuando El Josco llega al cruce, aparecen por la derecha Pilara y sus padres, que van al huerto. El Josco se detiene á esperarlos, contemplando á la muchacha con timidez. Un poco le cuesta saludarla, otro poco atreverse á ofrecer los pescados, pero cuando se desmorona de golpe su valor, es al

decirle la moza: «Si no tuvieses mucha prisa y nos acompañaras al huerto, merendarías con nosotros.»

Se pone colorado, le tiemblan las carnes... y huye. «A más ver!». No es posible detenerle. No hay espera. ¡Dejar lo que más quiere para ver al Berrugo, lo que más odia! Pero le sirve consigo mismo de disculpa llevar la sarta de «aquel hombre».

Los padres de Pilara siguen andando, camino del huerto; la moza se detiene para mirar á El Josco, y éste, como fascinado por la mirada viva de aquellos ojos, retrocede, se decide y la llama. Y en una graciosísima y sentimental escena, Pilara insinuante, Pedro Juan atarugado, acaba éste por hacer su pregunta, y era... ¡saber si estaría en casa *ese hombre!*—«¿Y es eso todo lo que tenías que decirme hombre de Dios?»—dice Pilara con cierto retintín:

—«No, ¡recoles! Tenía que decirte mucho más». —«¿Y para cuándo lo dejas?»—«Pa cuando me *atriva*.» Pilara insiste.—«¡Qué mejor ocasión!» —«Sí, ¡muy buena!».

Desesperado el redero, exclama: «He mirao treinta veces la muerte cara á cara, sin que se me acelere tan siquiera el pulso, ni la color me cambie; ¡y en esto me desmayo y acongojo!

¡Mal rayo me parta por encogido y por... ¡coles!».

El Lebrato, asomado á la puerta, oyendo este final, grita, para obligarle: «Atrívete, muchacho, atrívete.» Pero cada vez más cobarde y desesperado, exclama: «¡Padre! ¡Usted me faltaba! ¡Coles! ¡Todo se ajunta contra mí!—Pero, ¿qué te ha pasao? dice la moza.—Y El Josco replica: «¡Ná! Otra igual no se ha visto en jamás de los jamases!»—Ella: «¿Por qué te apuras?»—El: «Por ná. ¿Lo ves? por ná... en aparencia, y, sin embargo... (furioso). ¡Que se hace tarde, y he de llevar á *ese hombre* la sarta de peces!»—Ella: «Corre, que no se te pudran.»—El: «Otra cosa me repudre la misma entraña.»—Ella: «Dímelo.»—El (aterrado, huyendo): «¡Adiós, Pilara!»—(Sale precipitadamente por la derecha).

Y quedan solos Pilara y su futuro suegro, preocupados por la cortedad inverosímil de Pedro Juan. Hablan de lo felices que serían juntos, por que *allí* hace falta una mujer. Aquello no es casa. El Lebrato tiene una hija casada en las Pozas y llena de familia. Cada ocho días les lava la ropa, y cada quince se llega, dando un recorrido á los pobres muebles del hogar; y en los grandes apuros, ella y su hombre suelen echar una mano á las faenas, ponderando cualquier

ayuda, y zampándose hogazas y torreznos, todo *su aquél* de un mes, en dos comidas. Y ellos á la ría; cuando no, á labrar la tierra. Por esto andan mezclados en la choza, la red y el arado, el remo y el horcón, el aparejo de la barquía y el carro. Antes marchaban bien. Los doblones que trajo el viejo de Conchinchina facilitaron muchas cosas; pero la muerte de la mujer, las enfermedades, las plagas que diezman el ganado y destruyen las mieses, todo les puso en la necesidad terrible de acudir al anticipo, después al préstamo con hipoteca y llegar, cogidos en las telas de araña que les tendió el Berrugo, á ser nada más renteros de su misma propiedad. Y aún hay que agradecerle, cuando chupa el jugo de todo su esfuerzo en intereses y regalos. Hablan del Berrugo, del mayorazgo á quien «sacó de ahogos» al volver de América, de Tomás, de Inés, de La Galusa, opresores, despojados y oprimidos en la «casa grande». Cuando Pilara se despide, para seguir camino del huerto, llega don Elías, y las reflexiones toman carácter de murmuración. Sale á cuento el asunto de Marcones el de Lumiacos, pariente de La Galusa. El Berrugo, por ahorrarse trabajo y dinero, si no por maldad, permite que dé lecciones á la

pobre Inés el sobrino de su ama de llaves. ¡Y habrá gatuperio!

Paseando llegan también el Berrugo y su hija, la cual aparece vestida con cierto abandono que indica su indolencia; el descuido con que ha sido educada se descubre desde luego en sus modales. Cuando El Lebrato la ofrece una silla, se sienta junto á la pesca; va cogiendo los peces por la cola alzándolos para verlos, y se restrega después las manos en el vestido, sobre las caderas. Don Elías, adelántase para saludar al Berrugo, que le recibe con desprecio, diciéndole: «Usted siempre lo mismo, dando gusto á la lengua.» — Don Elías responde humildemente: «¡Qué hacer, don Baltasar! ¡Hay tantas cosas de que lamentarse!»—Y el Berrugo interroga: «¿Contra quién iban endilgadas esas lamentaciones?»—«Contra nadie, mi señor don Baltasar,—contesta don Elías.—Yo no me quejo de los hombres, que no tienen la culpa de que la perra suerte se haya cebado en mí. ¡Cuidado si he corrido mundo! Todas las provincias de España; y, cada vez peor. En cada parroquia, un bautizo. Puedo contar los partidos que serví por las hijas que me quedan. Un familión como el mío y una perra suerte como la mía, ¿quién lo aguanta, mi señor don Baltasar?»—Y éste res-

ponde con acritud: «Entre todos lo aguantamos, don Elías, porque va usted dando parte á todo el mundo. Mire qué le importarán á Juan Pedro las desdichas de usted, y rompe usted zapatos para venir á contárselas.»—Así continúa el diálogo en el que se manifiestan el carácter del médico y el del ricacho egoísta.

El cura, tomando el sol, aparece también por el camino de las mieses, paseo acostumbrado, y el Berrugo le habla con bastante cortesía, pero con mucha finura le suelta la matraca del médico: «Don Elías le acompañará... Que se diviertan ustedes mucho; yo me quedo aquí; he de hablar con Juan Pedro».

Así los despide y queda sòlo con el Lebrato. Inés, como si no estuviera. Y con maña, escudriña el honrado pensamiento del pescador; tasa la pesca muy alto; hace valer sus favores; recuerda las deudas... y acaba reparando en la roca enorme que avanza y domina el mar. Entonces dice: «¡Buen salto!»—El Lebrato añade.—«Pa tirarse de cabeza, sin decir ¡Jesús!»—«¿Tú has estado arriba?»—«Sí, señor.»—«¿Y cómo es?»—Ya tiene la conversación encauzada como á su curiosidad convenía. Juan Pedro le dice lo que hay allí, lo que se cuenta y lo que se presume. Don Baltasar le tira suavemente de la len-

gua, y el cuento del Tesoro del Pirata, justificado por el difunto *Lomias,* con auténtica de una embaucadora. Don Baltasar, mostrándose descreído, ceba, y ceba; por fin, pregunta irónicamente: «¿Y qué has hecho tú, Juan Pedro, que no has metido mano en ese platal? Porque tú creerás también en esas paparruchas.»—Y el pescador, contesta: «Yo, señor don Baltasar, estoy bien curao de sustos de esa clase, y sólo creo que soy de los que nacieron pa jalar de la vida en beneficio de otros que la tienen bien regalona».

El Josco vuelve: no había tropezado con el Berrugo, porque tomó un atajo. En su lenguaje, se muestra picajoso y altanero, cosa que hace reir á don Baltasar: «Este muchacho tiene la sangre muy caliente, y nunca toma las palabras como es debido».

El Berrugo les ha dicho que le gustaría salir una vez á la mar «cuando buenamente puedan», es decir, cuando no tenga que pagarles ni agradecerles el favor; porque «lo primero es lo primero, mientras haya mareas al caso y den lo suyo...» Todos mascullan una despedida, y se van hacia el pueblo Inés y su padre.

Quedan Juan Pedro y Pedro Juan pensativos, en silencio. Al fin, el padre rompe: «Has visto

á Pilara... y ná».—El hijo se disculpa: «¡Coles!... no me atreví tampoco... ¿Lo quiere usted más claro?» Así empieza el ajuste de cuentas de familia, cap. VII, de donde se desgaja, sin otro auxilio que la tijera, una escena en todos conceptos admirable. Juan Pedro comienza por encararse con su hijo, exclamando: «Pos, ¿sabes lo que te digo yo á eso, Pedro Juan?... Pos te digo que... ¡lástima de peces! Y te digo más: te digo que lástima de calzones que llevas puestos!» El Josco no se inquieta; sabe que le sobra razón al viejo: «Respective á ese punto, padre, lo mesmo digo yo de mí mesmo... ¡Y si dijéramos que ella!... Pero ¡coles! ¡si es una dulzura conmigo! ¡Si ella mesma me abre la boca y me pone la palabra en los labios».

El padre aconseja prudentemente: «Mal paece un hombre que en tales casos peca de atrevido, y mucho le agobia esa mala fama; pero que te libre Dios de dar en tierra por menosprecio de mujer; de lo contrario, no te güelves á levantar en toa tu vida».

En la casa necesitan mujer que les guise y remiende; Pilara reúne todas las condiciones, y «hasta su por qué pa el día de mañana». Sus padres hacen «puente de plata» y abren á Pedro Juan las puertas de par en par... Si él no se de-

cide, lo hará el viejo por él. Y pasando á otro asunto, hablan de otro particular: *ese hombre* «¡Mal rayo le parta!» murmura el mozo. Su padre le templa. Y ajustan sus àtrasos. El viejo vuelve á insistir en lo de la novia, y El Josco pide un plazo para decidirse: «¡Déjeme siquiera hasta el Agosto de... ese hombre! Si allí no lo arreglo de por mí mesmo, hágalo usted como quiera... ú haga de mí carná de sereña, que sería lo mejor, ¡coles!» Así lo deciden. Callan, y de repente pregunta el hijo: «¿Qué decía *ese hombre* de salir á la mar?»—El viejo contesta: «Nada; quiere salir en la barquía.»—El Josco: «¡Güena ocasión ¡coles!»—El Lebrato: «¿Pa qué, Pedro Juan?»—El Josco: «¡Pa echale con un canto al pescuezo!».

El viejo entra en la casa; El Josco, desde la puerta, ve pasar á Pilara que vuelve del huerto con sus padres. La moza va quedando á la zaga, y se detiene, cuando Pedro Juan hace intención de salir á su encuentro; pero sin fuerzas para tanto, grita: «¡Buenas noches!» y entra furioso, haciendo rebotar la puerta con estrépito. Ella, sonriente y pesarosa, dirigiéndose hacia el pueblo murmura: «¡Tendré que decidirme yo!»

ACTO SEGUNDO

Habitación con ventana en el fondo. Junto á la ven tana, una mesa con tintero, papeles, plumas, libros y cartapacios: todo escaso y roñoso. A la derecha una puerta que conduce á la sala y otra al comedor: entre las dos puertas un armario empotrado en la pared. A la izquierda, la puerta que conduce á la escalera, y otra por donde se va á la cocina.

El Berrugo, en mangas de camisa, con un horcón entre las manos, acaba de amparar, con una laña muy bien puesta, una punta resentida. Entra don Elías por la puerta de la escalera, con camisa limpia, corbata de lunares y sombrero bueno, asomándole de un bolsillo unos papelotes. Al verle don Baltasar, plántase, apoyado en el horcón, ante el visitante, y le corta el saludo con esta frase: —«Pues, ¿quién desea morirse aquí, sin que yo lo sepa?» Don Elías, excusándose, trata de justificar su visita, y le anuncia «que puede importarle» un asunto que piensa proponerle. Socarrón, como de costumbre, don Baltasar escucha distraído, al parecer, y agarra de la conversación todo lo que le conviene; res-

ponde con agrias cuchufletas, que unas veces encubren su interés y otras destapan su desprecio, y es tirano y afable á un tiempo con el pobrete, que para hacerse oír exprime su mollera y suda hieles.

«Si don Baltasar le hiciera el favor de oirle»... Bueno; hasta oirle llega, porque «siempre se halla dispuesto á conceder cuanto se le pida, no siendo dinero, que para sí lo quisiera él».

Descartado lo esencial, empieza el discurso de don Elías, que lo toma de lejos. Habla de su miseria, de que no le pagan... y hasta se burlan cuando lo pide. «Deberle al médico no es pecado, ¡gasta levita! ¡Ignoran que no hay maldición que pese tanto como la levita de los pobres.» El Berrugo le ataja, y el médico entra de lleno en el asunto del molino. Cuentas galanas; produciría un dineral. ¿Y el molino? Allí lo lleva, en aquellos papeles: presupuestos, planos, todo. ¿Y el dinero? «¡Esa es la negra!» ¡Y tanto! pues lleva la pretensión de sacárselo... ¡al Berrugo! Pero, alentado por éste, continúa diciendo cómo funcionará el molino... Y una frase *casual;* «oliscar tesoros», lleva las divagaciones á su punto: «Ya que salió la palabra—pregunta don Baltasar—¿qué opina usted de los tesoros enterrados? ¿Cree usted que hay los que se dice?» ¡Buena

tecla le tocó al médico! Sabe del tesoro más que mortal viviente, y el Berrugo trabaja por arrancárselo; el charlatán se defiende; pero á sorbos, confiesa. Lo dice todo, todo su delirio en una noche de hambre: las apariciones de su difunta hermana, el fantástico paseo por las Pozas, el tanteo en tierra firme, la consulta con la miserable adivina «que llegó á la puerta de su casa pidiendo limosna», y las mil garambainas que amontona en su locura el infeliz. El Berrugo, que no ha perdido una sílaba de lo que pudiera convenirle, termina el diálogo socarronamente, con estas palabras:—«Le prometo á usted que han de ser para construir ese molino los primeros tres mil duros que yo desentierre con las noticias que acaba usted de darme». (En el capítulo IX de la novela se hallan todas las frases que forman este interesantísimo y gracioso diálogo).

Entra Inés, ya compuesta y aseada; el médico la saluda. ¡Qué guapetona se pone la niña! Precisamente, habrá ocasión de probar lo que vale una muchacha en Robleces.—«¿A santo de qué?» pregunta la hija del Berrugo, y don Elías responde:—«A santo de que llegó á Nubloso un forastero, ¡con unos lujos y unos despilfarros! Nadie sabe aún cómo se llama, ni de dónde viene. Trae dislocadas á las mozas, y mis hijas an-

dan ya de coronilla para averiguar qué motivo le atracó á estas costas. Pero nada, ¡ni esto! Sólo se le transparenta la fortuna, que será de órdago». Y don Baltasar interviene, diciendo:—«Pues, duro con él, amigo; suéltele usted sus cuatro galgas, y, con una que haga presa en el indiano, ¿para qué necesita usted molinos, quebraderos de cabeza, ni...?»

Se presenta luego La Galusa, y don Elías tiende la mano á don Baltasar, comprometiéndole á tratar del asunto del molino en otra ocasión. El Berrugo le dice:—«Mientras no me pida usted dinero, que no lo hay en casa, paciencia para oirle me sobra».

Y al salir el médico se cruza con Marcones: el cual se retira con Inés á la mesa del fondo, preparando cartapacios y libros para la escritura y lecciones del día. Quedan sólos, en primer término, el Berrugo y La Galusa, hablando en voz baja. Don Baltasar extraña la transformación de Inés. ¿Por qué se peripone y lavotea? ¿Por qué se ha vuelto limpia y hacendosa?—«Todo eso que se ve y otro tanto es obra del dimoño del muchacho»—responde la criada. Y principian los engatusamientos. Parece mentira lo que vale aquel sobrinazo que Dios la dió. Lo que tiene aprendido y lo que supo enseñar. Y salen á cola-

ción historias viejas. Cierto que á Marcos no se le da un sueldo por sus lecciones, pero nadie le llamó, y bien pagado está con dádivas y socaliñas de otros tiempos; de modo que no espere que se le agradezcan las enseñanzas:—«Mírame los colmillos—dice don Baltasar á La Galusa, terminando su filípica.—¿Ves qué retorcidos los tengo?... Por si habías soñado jincarme los tuyos en parte blanda con el memorial de la sabiduría del zángano...»

La Galusa comprende que su amo, á quien tuvo muy sujeto cuando ella era joven, se le ha escapado; necesita de otras mañas para vencerle, y por maldad no queda.

Don Baltasar, después de soltarle unas frescas, entra en la sala, y Marcones deja escribiendo á Inés, y se acerca pausadamente á La Galusa. Esta le confía sus inquietudes: aquel hombre no es el mismo de antes para ella. ¡Qué otra cosa era en aquellos días de la difunta, y hasta en algunos más cercanos! ¡Cómo la contemplaba el endino y le buscaba el gusto! ¡Cómo le abajaba los humos al arrastrao y qué blando la miraba!... ¿En qué consisten esos cambios?—«En que desde la difunta (razona Marcones) han pasado muchos años, tía, y con los años, que todo

lo consumen, van cambiando las personas hasta en la estampa».

Es preciso apresurar el asunto cautelosamente: ¡golpe á la hija... que quiera ó que no! Porque si de ella no sale, no hay otra puerta á donde llamar. Y apuntan las confidencias. Todo va como una seda. La Galusa debe avivar el fuego cuando el mocetón se marcha. ¡Bien lo hace! A pesar de todo, Marcones desconfía; teme haber espabilado mucho el entendimiento de su discípula, que se aficiona demasiado á discurrir por su propia cuenta...

La Galusa, para dejarle mayor libertad, entra en la cocina. Y quedan solos: Inés, con la pluma en la mano, sin levantar la cabeza, muy afanosa en sus palotes y rasgos, y Marcones acercándose á ella, viendo cómo escribe.

—«No es así, no es así... ¡No encoger los dedos ni emplear los cinco! Tres nada más. Los otros dos apoyan la mano. A ver si me ha entendido... ¡Tampoco es así!» (Marcones agarra la mano de Inés para colocar bien la pluma entre los dedos).—«Adelante con ella, sin miedo!» (En la nueva posición, clava la pluma, y no sabe seguir el trazo, ni bien ni mal. Marcones le agarra de nuevo la mano, conduciéndola en un rasgueo).—«¡Bien suelta la muñeca!... ¡En el aire

todo el brazo desde el codo!... ¡Que vaya la mano por donde quiera yo llevarla!... ¡Eso es!»

—«¡Aprieta mucho!...»

Suspenden la escritura y cogen la gramática. En todo halla Marcones pretextos para insinuarse ó excederse. Aprovechando una oportunidad, se coloca detrás de Inés y le pone delante de los ojos el cuaderno, de manera que todo su pechazo se apoya sobre Inés y sus brazos la envuelven. Luego descansan. «Todo se irá sabiendo, con buena voluntad de su parte, y enseñándoselo yo... ¿Quién me hubiera dicho que debía enderezar por la senda del saber á una discípula tan... ¡Vamos! que nadie sabe cómo vienen las cosas... ¡El destino de las criaturas!...»

Y enjareta un discurso *al respetive* de la situación. «...Un obstáculo que le aparta de su camino...» «¡El hombre! ¡frágil barro!...» «Además del sacerdocio, hay estados perfectos».

A punto de tomar las primeras órdenes, momento solemne y crítico: ¿no es cosa de preocuparse? Pero aún puede, si las circunstancias le apuran, elegir entre la iglesia y... *otra cosa*.

Inés oye al seminarista, que la contempla con los ojos encendidos. Hay un silencio, en el cual palpitan las tentaciones del bribón. Ella pregunta sencillamente: «Dígame: ¿qué viene á ser un

obispo?»—«Un obispo es... como un cura que asciende á coronel».—«No iba yo por ahí (riendo el chiste del otro). Quiero saber lo que hace, qué honores tiene... vamos...»—«Un obispo manda en todo el clero de una provincia, y es así como el *amo* en su diócesis; todos le respetan como á una persona... santa».—«¡Qué suerte para usted, si llegase á obispo! ¡Cuánto me alegraría!»

Un jarro de agua. Entra don Alejo, y la muchacha corre á buscar á su padre; quedan solos el cura y el seminarista; éste muy sofocado y silencioso.

—«¿Estás enfermo? ¿qué te pasa?» le pregunta el anciano; y el mozo se altera como si le clavasen banderillas. Pero el cura insiste; se propone hacerle una pregunta. Dicen que anda en aquella casa, empeñado en una obra de misericordia...—«¡Falso!»—interrumpe Marcones.—«¿Qué, hombre, qué?»—«¡Todo el supuesto!»—«Corriente; pero me respondes, antes de que te pregunte. Dicen que andas enseñando la doctrina á cierto feligrés mío, que siempre fué duro de pelar: el dueño de esta casa.»

Marcones piensa un poco lo que debe decir, y luego afirma rotundamente: «No es verdad».

Si no es verdad aquello, es posible que lo sea

lo otro. También dicen si trocó su vocación de sacerdote por la de yerno de don Baltasar...— «¡Falso! ¡falso!» gruñe Marcones como sacudiéndose; y don Alejo, conservando su calma, le hace notar que si el primer propósito era noble, no dejaba de serlo el segundo. Marcones brama contra los que le calumnian... por envidia.—«¿Envidia? Y ¿de qué?»—«De... muchas cosas». El cura le desengaña de todo suavemente.

Y entra don Baltasar. El cura le recuerda que días antes, el pobre Chiscón le pidió unos cuartos... Entonces le parecieron duras las condiciones del Berrugo, pero ya se aviene á todo; en cama, sin poderse mover, su familia con hambre... Firmará lo que se le diga, tomando lo que se le dé.

Su hija le trae la chaqueta y el sombrero, y se van por la escalera el cura y el Berrugo. Inés, acercándose á la mesa, pregunta: «¿Seguimos?» —«Como usted quiera»—responde su maestro, cabizbajo y triste. La moza lo repara, y advierte: «Le veo preocupado».—«Inés, por caridad; no ahonde usted en estos pesares míos».—«¿Pesares tan de pronto?... no entiendo».—«Tan de pronto, sí. Camina un hombre ciego por el mundo, y es feliz con su ceguera; pero viene uno y

le abre los ojos, y le hace ver lo que no veía»... Ella curiosa, y él amorosamente lastimado, se deslizan hasta la situación culminante:—«Acaso el señor cura le dijo alguna cosa...»—«Precisamente: don Alejo puso la mano en la llaga. Yo no había pensado nunca en ello, y sentí el dolor... un dolor tan grande, tan... Porque no cambia un hombre su vida, sin peligros, porque al arrancar el árbol, se rompen muchas raíces»... —«Cada vez lo entiendo menos. ¿Tan grave fué lo que le dijo el señor cura?»—«Tan grave que... ¡Sería preferible morir! ¡Oh! La muerte... Hay suplicios morales más dolorosos que la muerte». —«¡Qué ideas tan tristes, Marcos!»—«Perdóneme. No tengo derecho á molestar con mis lamentaciones; pero sentí de pronto la herida, y no pude contenerme. ¡Perdón!»—«¿Por qué? Lo que usted dice no agravia, pero no lo entiendo. Me parece que se queja usted de algo... de alguien. Si eso le consuela... quéjese usted mucho más. A veces, á fuerza de quejarse, parece que se apaciguan los dolores... Yo siento solamente...»—«¿Qué?»—«Siento verle sufrir».—«¿De veras?»—«Por qué no? Antes, nunca reparaba en lo que sucedía cerca de mí. Ahora, mi corazón despierta, y todo me conmueve.»

Asoma La Galusa con un cántaro, avisando

que se va por agua. Junto á la puerta cambian de impresiones la tía y el sobrino. Este dice: «Todo lo saben ya; estamos descubiertos.» — «Pues aprovecha la ocasión: ahora ó nunca.»— «Y usted, ¿no hace nada por mí?»—«Te dejo sólo con ella.»—«Por miedo.»—«Así, aunque te salga mal, yo quedo siempre á la mira. Evito que me culpen también.»—«Es verdad.»—«Anda hijo, y no desperdicies el tiempo.»

La Galusa desaparece por la escalera, y Marcones vuelve á Inés, insistiendo. Pero la moza piensa en sus estudios: «¿Acabamos ahora mi lección?» «¡Su lección!—exclama el maestro— ¿para qué seguirla? Esto era un orgullo para mí; en adelante sería un martirio.»—«¿Se ha puesto malo de pronto?»—«Inés... Yo necesito decirla cuatro palabras. ¿Me quiere usted oir esas cuatro palabras?»

La muchacha se turba, pero le autoriza para explicarse, ignorando aún de qué se trata. Marcones recuerda lo que antes habló: «el obstáculo, el tropiezo, el destino de las criaturas»; y añade «la codicia de cosas imposibles, la conciencia honrada, que no le permite seguir sus lecciones.» Ella no adivina... ¡Oh! si lo adivinara de repente, no fuera indispensable una explicación... dolorosa... «El tropiezo, el obstáculo; mejor dicho,

el imán poderoso, la fuerza que le arrastra lejos de su camino, deteniéndole allí... allí... en aquella casa...» Pero Inés tampoco le comprende, y va siendo necesario clarearse más, decirlo con todos los puntos y comas: ya no sirve para sacerdote... Más claro aún: «El tropiezo, el imán, la fuerza que le arrojó de su camino, la luz que le descubre su vocación verdadera, todo junto está en aquella casa»; en un cariño inmenso, inspirado por Inés.

La pobre criatura siente, oye con espanto la confesión del seminarista, el cual sigue, amagando y guardándose á un tiempo: «Esto ha de quedar entre nosotros, como en el fondo de una sepultura. Usted está muy arriba, yo muy bajo; usted es muy hermosa... yo valgo muy poco, y por el ropaje que visto y las ciencias que he cursado, hasta parecen crímenes en mí estos sentimientos. No tengo un solo título para merecerla, y me parece poco todo mi corazón para adorarla. Olvídeme usted, discúlpeme como pueda, y no me niegue ahora el perdón que, de rodillas, la pido».

Se arrodilla, cogiéndole una mano. Inés, emocionada por la inquietud y el abatimiento del galán, murmura dulcemente:—«¿Qué hace usted? Marcos, por Dios, tranquilícese.»—«No quise

ofenderla. Compadézcase usted, perdóneme... Dígame que me oye...»

Inés, levantándose, avanza; Marcones poniéndose de pie, con viveza, la sigue. Confusa y aturdida, sintiendo al hombre cerca, su pobre corazón desfallece.—«Sí, le oigo, le oigo, pero no sé... no esperaba... Quiere marcharse... no volver... no darme lecciones... Acaso tenga razón... Para discurrir estas cosas... necesitábamos estar más tranquilos... Vuelva usted mañana y hablaremos... Ahora... Déjeme usted... Hasta mañana... ¿verdad?

Marcones quiere aprovecharse de aquella turbación, y acercándose mucho á Inés, consigue que sus miradas, atrayendo las de su víctima, la sujeten, fascinándola, obligándola á poner sus ojos en los ojos que la devoran ya.—«Esto es darme una esperanza... Esto es decirme... que no estoy loco... Es mi dicha. ¡Inés! No me oculte sus ojos... En su fuego me abraso... Ya soy feliz...»

Ella, no sabiendo cómo defenderse, le suplica: «Déjeme ahora, por caridad...»

¡Caridad una feroz alimaña! El dice triunfante:—«No me voy, no me voy. ¡Aunque me costara la vida!»

Y cuando Inés, ya no sabe resistir la violencia

del hombre, ni la teme acaso; cuando las traiciones de la voluptuosidad invaden su espíritu inocente, llega Pilara, la redención, y su presencia evita una infamia—«¡ Inés! ¡ Inés!»

Despierta; corre; y en los brazos de su amiga, llora.—«¡ Pobre criatura; llora, pero no tus faltas, que ninguna cometiste. Llora por la maldad inícua de los miserables que te rodean!»

Marcos grita furioso:—«¿ A qué vienes?» Y Pilara responde:—«Llegué tan á tiempo, que pudieras ahorrarte la pregunta. Vi salir á don Baltasar con don Alejo. Después La Galusa, la raposa, huyó para dejarte solo con esta infeliz... para no comprometerse acaso... ¡ Canallas! ¡ Qué bien tramado lo teníais todo! Mira, pues, á lo que vine: á evitar una infamia. Por algo puso Dios la casita de mis padres, frente á la casona del mayorazgo. Sé todo lo que hacéis, porque si no lo veo, lo adivino; lleváis pintado en la cara lo malos que sois.»

Volviéndose á Inés, que gime apoyada en el pecho de su amiga, alza su abatida cabeza y dice:—«No llores más, que no lo merecen».

Llega La Galusa con su cántaro.

—«¿ Entró el dimoño en casa?»

La tía y el sobrino quieren alejar á la moza,

pero ésta no desampara entre aquellos monstruos á Inés y espera el regreso del Berrugo.

El cual se presenta con Tomás, el indiano resplandeciente y decidor. Don Baltasar hace las presentaciones en forma de charada. Le halló en la casuca de Chiscón, el enfermo á quien fueron á visitar «con iguales... ó parecidas intenciones». Y «allí fué dejar ochentines para bizcochos, azucarillos y las drogas que hicieran falta. ¡Bien se hartarán los hijos hambrientos. Mientras el viejo padece del pulmón y se ahoga, toda la familia sufre también ahogos y mal de hambre». Tomás, que libra del hambre á los infelices ha dicho «que se le perdone la pretensión que trae, si disgusta». Quería recobrar la casona de su tío el mayorazgo, que guarda todos los recuerdos felices de su niñez.—«Supuse mi casa desierta y fría en manos de un hombre codicioso, preocupado, como yo lo estuve, por el dinero solamente, y la encuentro convertida en amoroso nido y cobijada en ella una mujer, cuyos encantos merecen mucho, pero que además tiene más derecho que yo á respirar en este ambiente que ha perfumado con toda su vida».

Intenta retirarse, pero don Baltasar le detiene. Los negocios exigen más calma, y no sabe aún si la chica tiene apego á las paredes que la

cobijaron. Y evocando la buena memoria del mayorazgo, le invita, para que á los postres puedan tratar el asunto despacio, pues no es puñalada de pícaro, ni costal de paja. A don Baltasar le agrada ver al muchacho lucido, pues «de ser cierto que haya riquezas en el mundo, cosa que parece un cuento allí, por la miseria en que viven, vale más verlas en manos conocidas».

Tomás haciendo que le rueguen un poco, se deja convencer, y el Berrugo le conduce á la sala.

Mientras, Inés lo dispone todo: saca la vajilla nueva (también de loza ordinaria, pero no deslucida por el uso) y escoge un mantel que no tenga remiendos. «¡Vaya! El cocido no estará del todo mal; pescado no escasea, gracias á los presentes de El Josco; jamón y almíbares hay en la despensa; fruta del huerto abundante... como no cuesta dinero... Es necesario que resulte una comida presentable».

—«¡Ni que fuese un obispo!»—gruñe Marcones, y añade La Galusa:—«¡Ni que juéramos á perder boda con el Marqués de Fanfarrias!»

Entra en la cocina Inés, y La Galusa queda murmurando con el sobrino. Arrímase á la puerta de la sala para oir la conversación, pero no lo consigue: «habla muy bajo el piojo resucitao,

que antiyer salió de allí en carnitas, y too paece poco pá regalale. ¡Un señor de morondanga!» Mudan las cosas «de súpito y contino», y gracias que no sea más. Para eso «vete y vente, necio de tí; rompe zapatos y enseña lo que no se sabe».

Inés vuelve de la cocina, donde lo dejó todo preparado, y entra en el comedor á poner la mesa. La Galusa va gruñendo á la cocina: «Todo lo que coman, rejalgar se les vuelva. ¡Lumbre les daría yo!»

Acaba el acto con los discreteos de Tomás dulcemente recogidos por la encantadora Inés, que no tiene memorias del pasado, ni afecciones arraigadas, pero al despertar de un sueño bochornoso la vida y el amor la conmueven.

El Berrugo, sintiéndose comunicativo, le dice á Marcones:—«Vamos á comer; verás que buena conversación gasta el hombre. Parece mentira lo que se aguza el ingenio pasando el mar.» El seminarista insinúa:—«¿Y si todo fueran camándulas?»—Pero el Berrugo insiste:—«¿Camándulas? ¿Y sabe de todos los negocios y grandes empresas del mundo, más que tú de latines? Bien se le conoce que respira fuerte... Sería el primero que me la pegara.»

Entra en el comedor á donde pasaron ya los jóvenes en animado parloteo. Marcones va como

si le remolcasen, y La Galusa pasa de un lado á otro, llevando la sopera humeante.

ACTO TERCERO

El agosto del Berrugo. Al fondo y á la izquierda, extenso prado, acabada la siega. Una fila de árboles á la derecha, como bordeando un arroyo. Cielo azul y despejado; por la tarde. A la derecha, primer término, el carro, que están cargando de heno La Pilara y El Josco; aparecerá solamente la mitad de la trasera, desde la rueda.

La Pilara, encima del carro, ya bien cargado, acalda las horconadas que le arroja El Josco; don Alejo habla con El Lebrato. Ya no puede tardar «ese hombre»; anda con su hija y el forastero, por las mieses de abajo, á la sombra. Desde que Dios amaneció sus luces, allí estuvo de tragín, pues no escatima sudores como ahorre con ellos un ochavo. ¡Buen agosto para el Berrugo! para Juan Pedro, como los demás: «la pura probeza». Se afanan y «nunca tocan los resultaos». Descansan de las fatigas del mar con trabajos de la tierra; «no hay cuidao que dalle alguno les pique los talones» y al mozo se le con-

fía el mejor carro, y se le da la mejor acaldadora, La Pilara, lista y forzuda como él. Así empezaron á quererse, y el amor que no les cabe ya en el cuerpo, no sabe aún por donde salirse. Continúan su conversación los dos ancianos y los mozos interrumpen un momento su faena.— «¡Pilara!»—«¿Qué?»—«Ná: pensé que me llamabas; ya que estamos en esto, háblame ó canta; que te sienta yo; me gusta mucho de oirte».— «¿Qué quieres que te diga, Pedro Juan?»—«Eso debes tú saberlo ¡coles!»—Y tú ¿porque estás siempre tan callado?»—«Pues mira: no será porque me falten cosas que decir».—«¿En qué piensas?»—«Desde algún tiempo acá, no pienso nada con arte, si no es una cosa mesma, ¡coles! y dale que dale, y arriba y abajo y de noche y de día».—«Y ¿qué cosa es esa, Pedro Juan?»— «Pues mira: es una cosa que yo quisiera decir, y se me ataruga en el gañote siempre que voy á empezar. ¿Ves? Lo que te digo ¡coles! que no hay manera. Toma la última horconada. Ya queda todo esto limpio, como si estuviese afeitado. Echemos las cordadas, y hacia el pajar».

Don Alejo y El Lebrato hablan del forastero; parece que Inés le dá cara y al padre no le dis-

gusta. El cura recuerda que Tomás fué su monaguillo predilecto, le quiere más que á ninguno de los que van á enredar en la sacristía y no ha vuelto á encontrar otro tan formalote y tan bondadoso como él.

Acabando ya de atar la carga del carro, Pilara se asoma desde lo alto y grita:—«¡Pedro Juan!»—«¿Qué quieres?»—«Ponte por ese lao». (Pedro Juan se pone donde Pilara le dice, junto á la rueda del carro. Ella se recoje las faldas contra los tobillos, mirándole con ojos llenos de travesuras inocentonas). El pregunta:—«¿Qué vas á hacer?» Y la moza responde, acurrucándose al borde de aquella montaña de yerba:—«Voy á bajar por aquí».—«¿Por qué no bajas por la rabera, como siempre?»—«Porque me da la gana de bajar por aquí hoy».—«Güeno. ¿Y qué quieres que haga yo »—«Que me aguantes... si eres quien pá ello».—«Eso sí, ¡coles!»—(Tiembla de puro gusto; jamás había tocado ni el pelo de la ropa de Pilara, y se la ve ya encima entera y verdadera).—«Echate sin miedo ¡coles!»—«Mira que peso mucho, Pedro Juan».—«¡Aunque pesaras más de otro tanto!... Con tal de ser tú lo que me caiga encima, aquí hay aguante pá ello. Echate de cualisquier modo, ¡pero, échate, ¡recoles!»—«¡Pos allá voy!» (Pilara se lanza,

Pedro Juan la recibe en los brazos; una mejilla de la moza le tropieza en la cara; el roce y el calorcillo y el perfume de la mujer le turban, sacándole de quicio).—«¡Pilara!... Dende aquí á la iglesia y que mos case el señor cura!... ¿Consentirás en ello?»—«Cuanto hace ya, hijo de mi alma, que podíamos estar de güelta, á no ser tú tan como eres!»—«¿Eso es decirme que sí, Pilara?»—«¡Y con alma y vida, bobalicón!» Esto lo dice desprendiéndose de sus brazos, pero mimosa. El Josco corre hacia su padre y le abraza:—«¡Padre!»—«¡Que á poco me ahogas!»—«¡Yo sí que me ahogaba, pero salí á flote! Mírela, padre: se lo he dicho todo».

Llegan Inés, Tomás, El Berrugo y don Elías. Pilara corre al encuentro de Inés, el cura y Juan Pedro, se acercan también á saludarlos. Pilara pide á Inés que sea la madrina de su boda. El Berrugo pregunta «si el mozo es para en casa de la novia, ó la novia para en casa de Juan Pedro». —«Ella es pá en mi casa», dice satisfecho el padre:—«Más vale así, para *nosotros*» añade mascullando El Berrugo.

Pilara y El Josco se van con el carro; Inés, Tomás y don Alejo, forman un grupo, muy animado. Don Elías y don Baltasar hablan, alejándose de los otros á instancia del primero, que

vuelve á remover el asunto del tesoro escondido: recibió nuevas instrucciones de la difunta: «Elías, dile á *ese hombre,* que lo tiene donde ha creído; suyo es, que no tarde ni tema». Ese hombre, por todas las señales, no podía ser otro que don Baltasar, que se ríe de sus delirios, queriendo aprovecharlos, que le maltrata y espera servirse de sus confidencias. Don Elías, convencido por la fantasma de que los tesoros «no están para él» y de que necesita El Berrugo su ayuda, se la ofrece: ¿no podrían averiguar entre los dos lo que haya de cierto? Al Berrugo «no le gusta partir peras con nadie». Insiste don Elías.— «Pero señor mío: ¿es partir peras, buscar ayuda cuando hace falta? ¿No tiene usted segadores y acaldadoras y carreteros para recoger las mieses? ¿No se vale usted de todo aquello que necesita? ¿Por qué no valerse de mí en ocasión como ésta, cuando mejor que otro alguno puedo servirle?»—«¿Y quién le ha dicho á usted que yo creo las paparruchas que usted me cuenta?»— «Ni supone paparruchas mis noticias, ni deja de sacarles toda la sustancia, ni desconoce cuanto dieron que hablar en la tierra los mil tesoros ocultos, al auto de olisquearlos. Más de una vez aflojaron los cordones de su bolsa, ofrecimientos falsos y martingalas de presidio, y ahora no se

fía de mí, que soy una persona honrada».—«Es usted una carretilla».—«Quiero convencerle».—«Muy fácil: tráigame siquiera un ochentín recogido en la cueva del Pirata, y me convenzo».—«Aunque para mí estuvieran: ¿cómo subo?»—«Descuélguese usted desde la cumbre; hay matas donde amarrar una cuerda».—«No sé trepar como las monas, y necesito que alguien tire de mí. El negocio es éste: una soga de treinta metros y atarse un cabo á la cintura mientras haya quien amarre bien el otro á unas matas. Luego ¡abajo! el de arriba jala poco á poco y se afirma bien para que ambos no se desborreguen. A los tres minutos en la misma boca de la cueva; se recorre llevando un farol encendido, hasta dar con todo ello».—«No será tan fácil, cuando nadie lo intenta».—«¡Miedo! Señor don Baltasar; el miedo guarda esos tesoros, porque dicen que hay un maleficio... Pero, hay remedios contra las brujerías».—«¿Contra las brujerías?».—«¡Y contra poderes mayores! Al mismo demonio me atrevo á conjurar, si llega el caso».

Se acerca don Alejo y cambian de conversación. Tomás, quedando solo con Inés, confiesa «que la engañó inicuamente», y en una escena muy apasionada refiere que hizo una ostentación ridícula de riquezas que no tiene, por bur-

larse del señor don Baltasar, vengando así las tristezas del mayorazgo. Se acercó á Inés fingiendo amores, y al descubrir su alma pura, sintióse apasionado y arrepentido; aquella farsa era odiosa; pudo huir evitando explicaciones, pero le dolía dejar un recuerdo amargo. Era preferible que supiera Inés los motivos que le alejaban; y se despide. Pero ella ve las cosas de otro modo. Renunciar á sus amores, ¿por qué?

A ella le agradaba mucho aquello. Ir á caza de su hacienda, y convencerse de que más valía su corazón que los tesoros de su padre. ¿No está probada la buena fe de su cariño? Y queriéndose tanto, ¿no sería una locura separarse? Además, ella tampoco es rica; su padre lo dice á cada momento.

¡Si fuese verdad! El indiano tiene lo bastante para vivir con holgura en el pueblo: no traía tesoros, pero sí un bienestar asegurado. Por desgracia, el viejo es muy rico, muy codicioso y dueño de su hija; el que hizo tales agasajos á la supuesta fortuna del forastero, despreciará el amor del hombre.

Inés alienta una esperanza:—«¡Quién sabe! Tu cariño me da fuerzas para todo, y no quiero dejar de hacer la prueba. Yo le diré...»—«¡Pobre niña! Será imposible convencerle de mi lealtad

cuando vea la burla. Podrías acaso, con ruegos y lágrimas, conseguir que accediera, pero no que dejase de ver en mí al advenedizo de bambolla, que pesca dotes con embustes. No, no; la vergüenza constante sería un martirio espantoso... ¡Imposible! Perdóname... Necesito alejarme... irme á donde nunca te vea...»—«¿Y qué será de mí?»—«¡Criatura! Eres muy joven y muy cándida; para ti hay una medicina: el olvido, que llegará con amores nuevos».—«¿Te burlas?»—«¡Angel mío! si á cambio de la vida se conquistara esa fortuna de que hice alarde necio, recibiera tu padre los tesoros que me supone, para que me permitiese morir en tus brazos».

Siguen, obstinándose cada cual en su pensamiento, mientras aparecen La Galusa y Marcones muy sofocados. El seminarista queda un poco atrás frotándose la cara con un pañuelo, y su tía se adelanta resueltamente, llamando aparte á don Baltasar. ¡Qué noticia! Marcones le dirá lo que sabe. Y mientras hablan los dos hombres, La Galusa lo cuenta fantásticamente á don Elías: estaba el sobrino tan descansado en su casa de Lumiacos, porque le cerraban las puertas en la casona de Robleces, cuando llegó de las Indias un vecino que allí conoció mucho al de Nubloso, y resulta que Tomás, el relumbrante caballero,

es un tuno como una loma, sin fortuna, sin vergüenza, y que anda suelto por casualidad, pues deberían tenerlo en presidio. «¡Y con *ese* querían casar á la Inés, haciendo burla de *otros* más honraos y que podieran dar más locimiento á la casa!»

No faltaría sino que un indecentón, con sus manos lavadas fuese á coger la gracia de Dios y la fortuna reunida por *ese hombre*. ¿Y la Inés? A no descubrir Marcones la verdad, entre la niña y el mastuerzo del indiano, matan á *ese hombre* y le saquean sus caudales. ¡Jesús María, y qué de cosas pasan!

El Berrugo, enterado ya de todo, llama rudamente á Tomás, y con ironía, le dice que ha resuelto no venderle su casa, entre otras razones, por librarle del apuro de no podérsela pagar». Y le despide, negándose á oir disculpas. Don Alejo, el cura, dice á Tomás:—«Yo te acompañaré; no quiero verte ir solo; no eres digno de tal desprecio». Y dirigiéndose á don Baltasar, añade:—«No tiene la fortuna que aparentaba; pero es un hombre honrado, y sin que usted le humille, paga con harto rigor su ligereza. No eran sus pensamientos los que usted le supone; bien lo saben, Dios y la única persona que aquí debía saberlo. Antes de que usted le despidiera, se ha-

bía despedido él, sin que bastaran á detenerle amistosos consejos ni súplicas apasionadas».

Y don Baltasar, encarándose con su hija, mientras el cura y el indiano se alejan, pregunta: «¿Sabías que no tiene sobre qué caerse muerto?»—«Estábamos hablando de eso».—«¿De que no tenía un cuarto?»—«De los pocos que tiene y de los bochornos que pasó queriendo aparentar otra cosa».—«¡Qué desvergüenza! ¡Irte con esas coplas! ¡Ah, tunante! ¿De modo que tú le llenarías los oídos de insolencias?»—«No señor». —«¡Le perdonaste la gracia!»—«Sí, señor».— «¡Alma de los demonios! ¿Qué sangre tienes? ¿A quién sales? ¡Digo! Veremos á ti quién te perdona, ¡corazón de palomita blanca! Porque ya soy perro viejo, y conozco los fregados de mala jeta entre lobos corridos y corderillas sin hiel... Acércate, Romana. Ese pillete se ha dejado aquí un cebo que podría tentarle á volver. No hay que decir más; de antiguo nos conocemos. ¡Ni á misa los domingos! ¡Ni á tomar el aire de la solana!»

Llega Pilara y se acerca en silencio á Juan Pedro, mientras Inés dice:—«Ponga usted una guarda más, que me libre del sobrino y de la tía que le ayuda».—«Del uno y de la otra te guardará el aborrecimiento que les tienes. ¡A casa!»

La Galusa dice á Marcones:—«¡Ya está el cordel en mis manos!»—«Pues á tirar firme, hasta que saque la lengua, y si no cede, tira más, y que se ahogue. Para nosotros ó para nadie».—«¡Tantos moños y tantos embelecos por una roña de indiano!»

Al irse los de la casona, la moza y el viejo hablan así:—«Ya se finiquitó el asunto, ¡pobre Inés!»—«Padre, ¿no haremos nada por ella?» —«Hija mía, no somos nadie. Nos corresponde callar; como si no se vieran las maldades que nos pasan por los ojos. Bien á las claras nos pusieron el sufrir de la madre, y toos callaos. Entraban las brujas curanderas, los zafios saludadores, que hicieron herejías con aquella santa; pues todos nos encogimos de hombros y dejamos que llegase á su fin aquel martirio. ¡Hay en el mundo tantas infamias que se ven y no pueden evitarse! ¿Acudes á la justicia? ¿Cómo y en qué te fundas? El Juez mismo se reiría de ti. ¿Acudes á la fuerza? Es cuando aparece la justicia pá castigarte, y probándote con sus más y sus menos lo que hace al caso, cargas con toas las culpas. Cada uno á su oficio: tú como yo, á recoger las mieses del Berrugo; él á comérsenos á tóos; La Galusa, martirizando á la Inés; y el alguacil, en la taberna. Pa cuando á uno le roen

las angustias ó le aplastan las dificultades ó le hacen reventar los tropiezos que se le ponen, pa eso está el señor cura, que bendice á los agonizantes y entierra cristianamente á los difuntos. Y cada uno á su faena. Nosotros, á rastrillar amontonando el heno, pa que no se pierda un menuto en la carga. Y, ves tú pa lo que sirves. Alma, como si no la tuvieras, ojos pa mirar por las cosechas del amo, corazón, pa sentir las maldades que hagan los otros, pero callandito, y como si ná sintieras».—«¡No! pues no me gusta conformarme á eso. ¡Ya es mucho! ¿Por qué martirizan á la Inés? ¿Qué hizo de malo?»—«Y ¿qué hizo de malo aquella santa de su madre? Venimos á este mundo á sufrir, hija mía».

Vuelven don Alejo y Tomás, el cual habla dolorido á la moza: «Cuando ese hombre sepa que vuelvo á embarcarme, la perdonará; y es posible que Inés piense que me voy, porque no la quiero bastante, que me resuelvo á dejarla, esperanzado aún con otras dichas. ¡No, eso no! Dile que no tendré otros amores en el mundo, que perderla es para mí perder la vida: que procure ser dichosa... pero que me recuerde alguna vez. Dale muchos besos, y dile que mi alma desterrada se los envía».—«¿De manera que usted renuncia para siempre...?»—«A lo imposible».

—«¡Le quiere á usted mucho!»—«Pero es imposible». — «¡Queriéndose tanto!» — «No insistas, Pilara».—«Si yo fuese un hombre como usted y la quisiera, como dice usted que la quiere... Yo ¡que me había de ir!» — «¡Qué hacer!» — «Se aguarda, se lucha, se muere si es preciso; pero se muere cerca, para que recoja el otro nuestras agonías. ¿Usted supone que su ausencia remediará los tormentos de la casona? ¡Oh, al contrario! Libres de amenazas, apretarán, hasta que vean saltar la sangre. ¿Ignora usted que son crueles, porque les gusta serlo? ¿Qué les importa ya que usted se hunda en los mares? No; no renunciarán á su víctima. ¿Huye usted? Mejor, mucho mejor. Manos á la obra. ¡Y esa obra que proyectan es una horrible infamia!»—«¡Me provocas! Tú quieres que los mate... ¡Los mataré!» —«Quiero verle casado con ella».—«Imposible. Soy pobre. ¡La infamia de toda mi vida! ¡La humillación de cada momento! Dirán que la busqué por la puchera... ¡Lo que inventarían para desesperarme!... ¡lo que inventarían aquellas lenguas venenosas!»—«Que hablen, que lo pregonen, que lo crea todo el mundo».—«¿Y mi honra? ¿Y mi nombre?»—«¿Ahora salimos con eso? ¿No era su cariño mayor que todo?»—«¡Pilara!» —«Inés corre un grave peligro; no ahora, que su

amor y sus odios la defienden; pero, más tarde, cuando se le agoten las fuerzas, cuando hallándose muy lejos de usted luche sin esperanza, Marcones!...»—«¡Oh! ¡Calla! ¡Turbas mi pensamiento!...»

No se irá, pero es prudente que viva oculto. En casa del cura no es posible, y tampoco en la de Juan Pedro. Le buscarán un escondrijo. Disponen el viaje: marcharse con todas las campanillas, y volver de noche.

Llega con su carro El Josco, y éste y su novia comienzan á cargar muy de prisa. El mozo dice:—«Pilara, ¿qué le dijiste á don Alejo?»—«Que para el domingo han de ir las amonestaciones: la primera y la última».—«¡Eres el demonio!»—«Hago mucha falta en las Pozas».

ACTO CUARTO

La misma decoración del acto primero, con luz de luna.

Don Elías, con un martillo grande y un farol apagado, y el Berrugo con un rollo de cuerda, aparecen por la parte del pueblo y toman el ca-

mino que conduce á la cima del peñasco. El Berrugo se ha decidido al fin, á «partir peras» con don Elías, porque ir solo era imposible, y necesita ser ciento, mil veces más rico para «comprar la justicia y hacer unas leyes á su gusto». El cura le ha insinuado que si esclaviza y atormenta á Inés se la quitarán de las uñas depositándola para que se case con Tomás; y no le asusta que se lleven á su hija; lo que le asusta es que la bribona tiraría del bolsón; y eso era demasiado. «¡Ah, pillos legisladores! Teniendo camisa que perder, pensarían de otro modo. ¿En qué justicia cabe que la hija que un hombre crió y mantuvo con sudores y fatigas durante veinte años, puede irse cuando le dé la gana, porque así lo deciden un cura de los demonios, un juez sin vergüenza y un indiano canalla?»

Don Elías quiere tranquilizarle y le recuerda «los mares y montañas de oro» que van á descubrir, pero El Berrugo, bastante loco para ir á buscarlos, no ha perdido la razón hasta el punto de olvidar el peligro que sus dineros corren cuando Inés le reclame lo suyo. El médico insiste hasta que logra sugestionarle, y el avaro codicioso delira... «En una semana los carros no cesarán de ir y venir en fila, ¡y todos cargados de ello! ¡Qué curiosidad al abrir caja por caja!

¡Qué correr mares de oro por el suelo! ¡Y qué oro! De lo superior de antaño; no del oro de pega que se usa hoy, que tiene una mitad de alquimia. ¿Pues y las piedras finas? ¡A celemines! ¿Y las joyas? ¡A montones!...»—«Andarán los hombres á mi gusto y fabricaré leyes á mi antojo... El sinvergüenza del indiano piensa que tengo enterradas las onzas. ¡Necio! Las onzas enterradas no producen, y se dejan ver de ojos de zahorí ratero, como los de La Galusa... ¡Grandísimo bribón! ¿Queréis matarme á disgustos? ¡Antes mandaré daros garrote!»

Y después de atravesar el escenario, mientras hablan suben la pendiente del camino visible, hasta que desaparecen; luego asoman en la revuelta de más arriba, y al fin, en la cumbre.

Pilara y El Josco abren la puerta de su casa. El viejo no despierta, el cansancio le rinde, y se obstina en trabajar cuando para servirle y atenderle son dos, jóvenes, robustos y piadosos. La tierra le llama y el mar le atrae; morirá, como tantos otros, desplomándose al anochecer en el mismo surco abierto por su mano temblorosa, ó en lucha con la borrasca. ¡El mar! Pilara le odia como á un enemigo que de cerca y á todas horas amenaza, pero comprende que Pedro Juan ha de salir con su padre, aunque á ella la cueste pesa-

dumbre. Y el enamorado mozo razona: «Si le priváramos á padre del mar, hazte cuenta que le quitaríamos la vida. Lo ves tú encogío, avejentao: en jalando pa lante ¡paece otro! Las fuerzas de la juventud le hormiguean por todo el cuerpo, y cada envite le quita un año. ¡El mar! Le tenemos cariño; y no despreciamos la tierra; ya nos ves trabajarla, dejándole nuestro sudor á cambio de sus frutos. La tierra es el sustento, pero el mar es el sustento... y otra cosa más grande, más honda, que se apega más á la entraña... No acierto á decírtelo... Vamos; que la tierra es como el pan... y el mar es... ¡como tú! Mece, acaricia, consuela... ¡eso! Por un pedazo de pan, yo nunca me perdería; pero ¡por tí!... soy capaz de todo: hasta de una cosa mala. Esto es el mar, para el pobre viejo que no tiene ya otros amores».

Van sacando los remos y las redes como si fueran á preparar la barquía, y en esto llega Inés, por el camino del pueblo, presurosa y angustiada. Pilara se asombra al verla, y de pronto deciden que Pedro Juan avise á don Alejo el cura... y después al de Nubloso que le coge al paso. Luego la moza procura dar ánimos á la señorita, y ésta refiere cómo salió de su casa. La tenían prisionera los malvados, humillándola

con faenas ruines, y su padre asintiendo á todo. Se hartaba de llorar sin que ninguno la compadeciese: «La Galusa, estrechando el nudo... para que ahogada me rindiera; Marcones, algo solícito... me repugnaba más que todos. Así he pasado cerca de un mes, y, en ese tiempo, sólo tú sostenías mi esperanza: sin ti me hubiera muerto». — «¿Te sorprendieron alguna vez?», pregunta la Pilara.—«Tuve suerte», responde la infeliz. «Mi carcelera me hacía fregar, y cuando enviábais pescado, lo tiraba en un lebrillo diciéndome con desprecio: límpialo bien. Yo tentaba los peces, hasta encontrar bajo las agallas de alguno el rollito de papel tan ansiado; y leyéndolo, en mi soledad, creía oir la voz enamorada. Parece imposible que un papel tan pequeño encerrase tanta dicha. Cuando lo aprendía de memoria, lo quemaba en la lumbre, repitiéndolo, para endulzar mis tristezas. El me hablaba... pero no hubo manera de que yo le contestase». Añade que después de una visita del señor cura, la trataban con algún miramiento y hasta la dejaron asomarse alguna vez á la solana. «Esta noche sentí ruido... Mi padre bajó... En la calle, un hombre le aguardaba, y se alejaron... ¿Lo sabría La Galusa? Tuve miedo. Me vestí para escapar, y corriendo, vine á las Pozas, á través de

los campos. ¡Qué silencio tan medroso! Me pareció que me perseguían; creí que La Galusa me alcanzaba dándome un zarpazo en el cuello... Temblaron mis piernas, me faltó aire, tropecé... Al ver tu casa me pareció un palacio, más grande y ostentoso que todos los palacios de los cuentos. Vosotros me defenderéis».

Cuando llegue don Alejo que decidan lo que ha de hacer. Trabajar, pedir limosna, tirarse á la ría... Cualquier cosa que no sea verse de nuevo en su cárcel. La Pilara pensando que «hay que atender á todo», saca un peine y alisa los cabellos de Inés con femenil coquetería; luego, la cubre los hombros con un chal, para que no se vean los desgarrones que sin duda las zarzas hicieron en el traje de la infeliz. «Pos dígote que no estaría bien ahora que *alguien* te viese de la trazuca esa, como si te hubieran sacao con unas trenes del bardal de una calleja... Ni más ni menos, te vió *él*, hija de mi alma, cuando se prendó para siempre de ti».

Asoman á lo alto de la peña don Elías y El Berrugo; éste se ata á la cintura un extremo de la cuerda, coje el farol y el martillo y va descolgándose poco á poco, desapareciendo por detrás de las rocas. Don Elías da cuerda y sostiene, agarrándose á unas matas. El Lebrato sale

de su casa, y le sorprende lo indecible ver á la hija del Berrugo. Llega Tomás precipitadamente, y tiene, como es natural, con su novia, una escena de apasionada ternura. De pronto, serpentea en el aire la cuerda que sujetaba don Elías, y éste, convenciéndose de que al peso del Berrugo, se partió, despeñando su carga, lánzase camino abajo, y llegan en el silencio de la noche sus voces: «¡ Acudid! ¡ Por caridad! ¿ No habrá un hombre piadoso que lo recoja? ¿ No habrá quien se apiade? ¡ Acudid; pronto!»

El Lebrato, corriendo al camino, grita: «¿ Qué pasa? ¿ Quién pide socorro?»—«¡ Yo, Juan Pedro! ¡ Se le rompió la cuerda! ¡ Se ha caído al mar! ¡ Corre! Busca entre las rocas». Al oir esto, el indiano exclama irguiéndose: «¡ Lo que temía don Alejo! La codicia del tesoro. ¡ Corramos!»

Y mientras Pilara, sollozando, recibe sobre su pecho la cabeza desmayada y cadavérica de Inés, Tomás y el viejo corren á embarcarse, desapareciendo por el camino de la ré. Hay un silencio lúgubre. Pilara, besando á su amiga, procura consolarla. Inés, arrodillándose, ofrece su martirio, y las dos rezan el Padre Nuestro.

Al ver que se aproximan el cura y el mozo, Pilara les hace señas para que miren por el ca-

mino de la ré; Pedro Juan corre á reunirse con Juan Pedro, y el cura sostiene á Inés que se arroja en sus brazos, pidiéndole una bendición para su padre. Tomás reaparece, y don Alejo le pregunta: «¿Es tiempo de ir yo?»—«Es tarde para todos», responde Tomás, que ha visto desde lejos el cadáver con la cabeza deshecha. Y mientras el sacerdote pronuncia con toda solemnidad sus latines, Pilara, uniendo las manos de los novios, murmura: «Era preciso que se mostrase una vez en aquella casa la justicia de Dios».

El cura se vuelve á ellos con el «Ave María», y los tres responden piadosamente.

VIII

Tal es el drama como yo lo compuse con elementos de la novela y algunos, muy pocos, añadidos por mí, como la intervención de Pilara en el acto segundo, y la escena que tiene la misma con Juan Pedro y con Tomás en el tercero. Exceptuando esas dos situaciones, todo lo demás, cuando no pude arrancarlo del diálogo del novelista, lo desentrañé de sus comentarios y desarrollos. La obra estaba de prueba, con todos los hilvanes; ahora veremos el juicio que mereció á quien debía con sus pulcras manos pespuntearla y lucirla.

Septiembre 3 de 1900

Sr. D. Luis R. Contreras.

Mi querido amigo: Lleva esta carta mayor retraso del que marca la de usted del 28 próximo

pasado, pero culpa ha sido de mi deseo de ganar tiempo exponiendo algo terminante y concreto después de haberme enterado bien del m. s. que recibí por el mismo correo que la carta. Desgraciadamente, no ha dado paso alguno afirmativo *mi trabajo y al escribir hoy estos renglones, tengo el convencimiento de que para llevar al teatro* La Puchera, *como debe llevarse, se necesita un número de actos que no soportaría nuestro público. Lo que usted ha hecho me parece hasta heròico, pero no deja espacio suficiente para que se manifiesten y se desarrollen los caracteres y los efectos y pasiones. El* renacimiento *de Inés le hace* estimar *á Marcos, que es el primer hombre á quien trata con intimidad en su vida, hasta el punto de que aunque la asombran, no la repugnan sus declaraciones amorosas; esta repugnancia la siente cuando ha tratado á Tomás y le ha comparado con el otro. De aquí el despecho y la ira de Marcones y de La Galusa.—El Berrugo, en quien no es lo principal el ansia del tesoro, taimado y egoista sin entrañas, no puede ni debe, sin desmentirse á sí propio, tratar con nadie de la manera de apropiarse los del* Pirata. *Oye á la adivina, oye á don Elías y hasta lo que le cuentan de aparecidos y de sueños que del caso tratan y se deleita como supersticioso que es, en*

amontonar todos los indicios en su imaginación de avaro, pero como no es tonto, ni mucho menos, sólo á impulsos de una exaltación repentina originada por un cúmulo de contrariedades emparentadas con su natural avaricia, puede ser arrastrado, ciego, á la desatada locura en que perece. En el acto 2.°, Tomás se presenta en escena sólo para hacer la comedia de la compra de la casa, etc., etc., y cuando reaparece en el tercer acto ya tutea á Inés y se acusa de su pecado. Esta escena necesitaba la preparación de otra como la que se pinta en la novela, escena en la que él descubre la pureza y virginidad del corazón de Inés, se siente avergonzado de su conducta y huye y falta de la casona de Robleces muchos días, etc., etc.

Además, en estos dos actos, los principales de la obra, los personajes, andan todos mezclados y ocultándose unos de otros para hablar de las cosas más interesantes. En una de estas escenas es cuando don Elías trata de inclinar al Berrugo á que visite la cueva del tesoro. Ya le he dicho á usted en otra ocasión lo que pienso de este particular y aun hoy le indico algo.

En resumen: dando yo á cada persona y á cada cosa su valor, aproximado siquiera, su lugar en el escenario, y el terreno suficiente para que

los caracteres se vean y se desarrollen con verdad, se necesitan seis actos, *y aun así habría que forzar la máquina de la adaptación muchas veces.*

Yo me atrevería á darle á usted el plan de la comedia ó drama ó lo que resulte desarrollado en estas proporciones; pero como éstas son inaceptables, desde luego me abstengo de acometer ese trabajo ocioso.

En el alma siento no participar de la confianza que tiene usted en el buen éxito de lo ya hecho; pero no le diría la verdad si le hablara de otro modo y franqueza nos sobra á los dos para discurrir con libertad en asuntos de la importancia de éste. Usted ha hecho mucho en lo que á la vista tengo, pero ese mismo esfuerzo me demuestra una vez más que no cabe la novela en los moldes convencionales de nuestro teatro.

A pesar de lo dicho, si quiere usted que yo intente el plan en seis actos para ver usted mismo si hay manera de reducirlo á cinco siquiera, pues tiene más ojo que yo para estas empresas, dígamelo y me pondré á la obra.

Siempre de usted afectísimo amigo y compañero,—J. M. de Pereda.

Estoy muy de prisa y por eso va la carta demasiado garrapateada. Perdone.

Había sucedido lo que temí: no supo imaginar la obra representada, olvidando lo que ayudan, en la escena, la evocación visual de lugares, la figura, los movimientos y el tono de los actores, la plasticidad realísima del cuadro. En el drama pueden apresurarse los acontecimientos y confiar en que una indicación oportuna sea bien comprendida y recordada por el público. Los reparos que hacía el maestro eran de una inconsistencia venturosa. Creí poderlos destruir fácilmente y llevar el convencimiento al ánimo de mi colaborador ilustre. Por lo visto, la exposición de la obra podía pasar á su juicio; al menos, la dejaba pasar, pues ni una palabra dijo del acto primero. En el segundo había concentrado yo lo más jugoso, lo más interesante sin duda; todos los personajes muestran los distintivos de sus caracteres, en situaciones arrancadas al hermoso libro, las más humanas, acaso, que advertí en él. No hay otra diferencia—en favor de la verosimilitud—que la inmediata sucesión de incidentes que transcurren á lo largo de muchos días y de muchos capítulos en la novela, y en el drama se amontonan y empujan. Conocimos en el primer acto á Inés, indolente, abandonada, perezosa y torpe, como si durmiera su espíritu, por no haber encontrado entre la gentuza de la ca-

sona un aliciente que lo despertara, y se nos ofrece ya en el segundo acto compuesta y aseada, saludando á las gentes, interesándose por alguna cosa: por las lecciones que recibe de Marcos; y como no «ha sentido» más hombre que aquél, no es raro que al principio la entretenga su compañía, la interese luego su conversación y la turbe al fin su mirada codiciosa. Puesto que las emociones de Inés no arraigan, y obedecen sólo á la situación difícil en que la colocan, pueden sucederse de modo que reduzcan muchos capítulos novelescos á una sola situación dramática; el proceso es el mismo. Llevando al cura, con un pretexto justificado á casa del Berrugo, trasladé allí la escena que tienen don Alejo y Marcones al aire libre y pude anticipar la siguiente fundándola en los mismos recelos de Marcones que sirven al novelista. Respecto á «lo que pasa por Inés», una sorpresa fisiológica me parece más disculpable que una preocupación sentimental. Y cuando Pilara evita con su presencia el crimen amoroso, el indiano halla en el drama, como en la novela, muy allanado el camino por las perturbaciones de que Inés fué víctima.

Los afanes de Inés para que todo se halle bien dispuesto, las reticencias de la Pilara y de la Galusa, en muy diferente sentido, la satisfac-

ción del Berrugo, y las manifestaciones insinuantes de Tomás, recibidas por la muchacha con dulzura, dejan comprender que allí se fraguan unos amores. Al caer la cortina, el espectador menos acostumbrado sabe que Tomás enamora y es atendido, que la hija del Berrugo será la novia del forastero. ¿ Para qué insistir en ese amor sin complicaciones y sin dificultades hasta la situación única recogida en una escena del acto tercero? Y por si fueran pocas las indicaciones del acto segundo, en la escena primera del tercero el Lebrato y el cura tratan «al respetive de lo que se habla del indiano». ¿ A quién sorprenderá verlos juntos, hablarse como novios, y que Tomás, enamorado y arrepentido profundamente de su audacia entre, sin más preámbulo, en la interesante confesión y en sus escrúpulos de conciencia, que son el nervio del capítulo XVII de la novela?

Además de que, si el novelista puede seguir continuamente su narración de sucesos á través de las páginas de un libro, el autor dramático elimina todo aquello de que juzga «enterado» al público y procura enterarle, al pasar, de cuanto le conviene que sepa; en el teatro, importa llegar á las situaciones culminantes, con los antecedentes precisos; en eso estriba el misterio de las

«preparaciones»: ir ofreciendo los datos en que se apoyará el asunto; y esos datos, deben ser los esenciales; que ni falte ni huelgue ninguno, como en el planteamiento de un problema de matemáticas; datos de más, distraen, siendo inútiles; y si faltan, confunden, porque no se justifica la solución. El teatro es como una cámara oscura: agiganta lo que reproduce inundándolo en luz, mintiendo una perspectiva grandiosa; lo demás, como si no existiese.

Y aquí será preciso entrecomar un párrafo de la carta: «El Berrugo, en quien no es lo princi-»pal el ansia del tesoro, taimado y egoísta sin »entrañas, no puede ni debe, sin desmentirse á »sí propio, tratar con nadie de la manera de »apropiarse los del Pirata. Oye á la adivina, »oye á don Elías, y hasta lo que le cuentan de »aparecidos y sueños que del caso tratan, y se »deleita, como supersticioso que es, en amonto-»nar todos los indicios en su imaginación de »avaro, pero como no es tonto, ni mucho menos, »sólo á impulsos de una exaltación repentina, »originada por un cúmulo de contrariedades »emparentadas con su natural avaricia, puede »ser arrastrado, ciego, á la desatada locura en »que perece».

Sábese de buena tinta, que á don Baltasar le

pellizcaron la bolsa los presidiarios inventores de magníficos «enterramientos». ¿No es tratar con alguien de la manera de apropiarse un tesoro, responder á tales granujerías? Y si lo que no hizo antes, «porque no era tonto, ni mucho menos», lo resolvió «á impulsos de una exaltación repentina» ¿cómo esa exaltación, justificante de su bárbara simpleza, no puede justificar también que se fiara del médico don Elías, lo mismo que se fió de los presidiarios? Luego, el carácter del Berrugo no se contradice cuando, llegado su desquiciamiento moral, acepta y corresponde á don Elías.

Lo de que andan los personajes «todos mezclados y ocultándose unos de otros para hablar de las cosas más interesantes», resulta gratuito, porque no andan «mezclados», (que supongo quiere decir entrometidos en donde no debieran), y tampoco se ocultan unos de otros; el movimiento escénico los lleva simultánea y sucesivamente á un lugar, donde justifican su presencia, porque no hay otra manera de hacer dramas.

Respecto á su proyectado plan en «seis actos», le manifesté mi opinión en la siguiente carta:

IX

Septiembre 5 de 1900

Sr. D. J. M. de Pereda.

Mi estimado y respetable amigo: No contesté inmediatamente á su carta porque anteayer tuve otro atacón de los míos y ayer no podía escribir. Hoy, algo más repuesto, lo haré lo mejor que sepa.

Mi contestación se reduce á decirle: «Haga usted lo que juzgue conveniente y si en seis actos resulta la obra, el público no ha de rechazarla por eso».

Ahora bien, á esta breve y cariñosa respuesta del «amigo» que desea para usted, además de aplausos y gloria, que haga su gusto, «el autor dramático» (y perdone la cursilería del dualismo) tiene algo que añadir.

Ciertamente: por un acto más la obra no pierde, pero ¿hace falta ese acto? ¿hay materia para él?

Un acto de drama, bien construído, no es un capítulo de novela. Además, de capítulo á capítulo de un libro no va nada; se puede seguir la narración donde se dejó, saltar adelante, retroceder, etc. El novelista es libre á cualquier hora para subsanar olvidos y aclarar dudas. Entre capítulo y capítulo no hay nada, entre acto y acto (exceptuando las poquísimas obras de estilo clásico á lo Moratín), hay un «entreacto». El entreacto es un conjunto de sucesos que deben admitirse como verosímiles en cuanto empieza el acto siguiente. Para conseguir esto «que no se puede imponer al público por mandato» hay que prepararlo todo en el acto anterior. Y en esto estriba uno de los talentos especialísimos del autor dramático: en hacer palpable y verosímil lo que no se ve, y en todo caso evocarlo con ligerísimas referencias.

Vamos á nuestro caso especial de La Puchera.

En el primer acto, cuanto se refiere á Pilara, Josco y Lebrato es clarísimo. De Inés dice algo Pilara, y basta luego presentarla en primer término, sin que hable, para justificar «de qué modo era». El Berrugo queda ya significado con lo que dice y con lo que dicen de él. Acaba el acto con la escena (muda, la mejor) entre Pilara y el Josco después del hermoso diálogo entre el Josco y El

Lebrato. «Entreacto»: El público sabe ya qué gentes son las de las Pozas y los del barrio de la Iglesia. Como le han hablado de La Galusa, de Marcos y de las lecciones de éste á Inés, y como don Elías, con frases muy acertadas y teatrales, anuncia que por ahí le ha de venir el castigo al Berrugo, el público espera el drama en la casona, y se prepara para ver el «segundo acto». En las primeras escenas aparecen de relieve los tres personajes endemoniados y se explica la transfiguración de Inés. A nadie sorprende porque viene motivada. Los asedios de Marcos (que al fin y al cabo, como hombre «masculino» no es despreciable del todo) habían de influir en la pobre criatura. La visita de don Alejo apresura el desenlace de aquel episodio. Dice usted que para despreciar Inés á Marcos, necesita, como en la novela, haber conocido á Tomás. Por eso no hago yo que le desprecie y la pongo al borde mismo del precipicio. La presencia de Pilara es una redención, un rayo de luz que ilumina el cerebro de la inocente, sugestionada ya por el deseo del hombre; Inés huye desde aquel momento á Marcos y le odia porque para ella pudo ser «el pecado». La cosa es clara. Todo el acto se desarrollaba en un ambiente gris que llegó á tonos muy negros en la escena de la seducción.

Con Pilara entra un albor de esperanza y con Tomás la claridad completa. Don Elías, hablando á Inés del forastero deslumbrante, ha preparado la entrada de Tomás. Este, con sus dicharachos y sus finuras, dice bastante. Los apuros de Inés por agradar al forastero, y los apartes de Pilara y el furor de La Galusa y la complacencia del Berrugo... (relea usted ese final) todo prepara «el segundo entreacto». Durante el cual hasta el espectador menos acostumbrado sospecha y acaso asegura que Tomás ha de ser novio de Inés. No hace falta precisar como se zurce el noviazgo en un caso elemental, cuando el hombre galantea francamente, la mujer da cara y el padre tolera. Por consiguiente queda esto explicado y aun, por si no era bastante, en el principio del acto tercero, don Alejo da una puntada bien prendida respecto al asunto. Y nos encontramos en el Agosto del Berrugo, donde se había de resolver, y se resuelve, el pleito de la Pilara y el Josco. La escena entre Inés y Tomás (como ya indicó don Federico), ha de ser más amplia; es decir, que aparezca ó se refleje en ella el amor de aquella criatura durante un mes, antes de dar la explicación dolorosa. (Eso lo sabe usted hacer y yo también). Hállanse todos satisfechos y en plena

dicha... pero la figura de Marcos es una nube que acaba por ennegrecerlo todo.

Tomás se retira; es muy justo que don Alejo no la abandone. Las órdenes inmediatas del Berrugo á La Galusa están muy en su puesto, y las reflexiones del Lebrato y la Pilara también. Todos se resignan como animales de carga. La Pilara, espíritu joven y atrevido, no se resigna. Es verosímil que vuelva Tomás para decir á Pilara lo que puede ser un consuelo para Inés, y es inevitable la respuesta de Pilara. (Relea usted ese final de acto, que sería un éxito seguro). «Si yo fuese un hombre como usted y estuviera enamorado como dice que lo está, ¡no me iría!» Esta escena, bien perfilada, sería de mucho lucimiento. La gallardía de la acaldadora es admirable. Y durante el último entreacto el público aguarda la solución. El acto cuarto, se desarrolla en las Pozas á las tres de la madrugada, con luna. El Berrugo atraviesa el escenario con la cuerda al hombro. Pilara y el Josco le ven pero no se preocupan mucho de su camino. Son tan dichosos que para ellos no hay otro mundo que su dicha. Y hablan del porvenir, de su padre y del mar... Llega Inés, va el Josco en busca del cura y de Tomás. Inés cuenta su escapada, las voces que oía en la soledad de la

noche, cómo desmayó al sentirse agarrada por la zarpa de La Galusa, cómo al recobrar el sentido se halló prendida en unas zarzas que desgarraban su vestido... Pilara la peina, la cubre acicalándola coquetamente, porque las mujeres no se olvidan de lo que son, ni en las más difíciles circunstancias y ha de venir él *y no debe hallarla en tal estado. La llegada de Tomás y su escena de amor y al fin la aparición del Berrugo á lo lejos, sobre la roca, el ansia de todos los que le ven descender sin medios para socorrerle y que le ven caer y estrellarse cuando se rompe la cuerda... Un final patético y dulce á la vez porque la muerte del Berrugo es un castigo para los infames y la salvación de todos aquellos inocentes, que se angustian al verlo en peligro, que gimen y rezan...*

Ahí está todo el drama. ¿En la novela se dicen «más cosas?» La novela es un libro de 598 páginas, y el drama impreso tendría 100. Pero los caracteres completos y las situaciones á que dan lugar, están ahí. El público, al salir del teatro, conoce á todas aquellas gentes y no se ha falseado la creación del novelista.

Claro está que se puede hacer un cuadro precioso con la romería y dar allí vuelo á los nacien-

tes amores de Tomás con Inés. Pero ese cuadro tiene que colocarse antes del acto tercero, y ¿cómo presentar en él á la familia de las Pozas, si en el drama no se han desarrollado aún los sucesos del Agosto? Esas «lagunas», esos cortes que usted observa las tienen todas obras concebidas para el teatro. La obra dramática es una síntesis y su brevedad obliga á no decir más que lo puramente necesario. Lo que puede suponer el espectador no hay que decírselo.

Si está usted decidido á trabajar, lo más conveniente sería que fuese yo á Santander el lunes; no para estar constantemente mareándole á usted sino para verle cuando usted quisiera valerse de mí.

Yo pasaría la mañana en mi casa traduciendo á Balzac, mientras usted trabajaría en la suya. Luego de dormir la siesta, iría á la Magdalena, y por la noche, después de cenar, á casa de usted. Allí hablaríamos de La Puchera *los días que usted lo creyese necesario, y cuando no, hablaríamos de otra cosa.*

*El asunto es de mucho interés para descuidarlo. Conocerá usted las alusiones hechas por don Federico en una interwiew con un redactor de «*EL LIBERAL*». El asunto está sobre el tapete, interesa, y la obra sería un acontecimiento, mucho*

mayor, créame usted, cuanto más se aproxime á la forma puramente teatral.

De usted afectísimo y devoto admirador

LUIS RUIZ CONTRERAS

Septiembre 7 de 1900

Sr. D. Luis R. Contreras.

Mi estimado amigo: Está bien, muy bien perjeñada y aun fantaseada *su curiosa carta del 5, pero satisfecho el placer de leerla y bajándome á la inexorable realidad de las cosas, es forzoso reconocer que nada de cuanto pase por el escenario rápida ó confusamente ó se dé por ocurrido en los entreactos, interesará jamás al espectador que juzga por lo que ve y siente. Insisto, por tanto, en que tal como está dispuesta la acción de* La Puchera, *no se puede llevar al teatro sin el riesgo de un terrible fracaso y no por culpa de usted sino de la contextura de la novela que no cabe en el escenario si se ha de dar á los caracteres y á los afectos y pasiones el espacio y lugar que piden para ser debidamente conocidos y estimados.*

Díceme usted que el asunto es de interés porque ya se ha hecho público el intento. Precisamente por eso necesito andar en él con pies de plomo. ¡Tendría que ver á mis años una tentativa teatral rematada con un pateo!

Permítame, pues, que palpe y estudie sosega-

damente el terreno de esa aventura á mis solas; que vea yo si puedo disponer la acción del drama tal como, en mi concepto, debe disponerse para que resulte viable *en escena; y si esto logro, que lo dudo, reconcentrándome mucho y sin que me atosigue la idea de que* me están esperando, *porque en casos tales soy hombre perdido, será ocasión de que hablemos y discutamos para elegir lo mejor si convenimos en que cabe todo ello en la paciencia y en la tolerancia de los públicos que hoy se estilan en España.*

No he visto la alusión de El Liberal *á que usted se refiere, pero sé que anda continuamente danzando en todos los periódicos la noticia del* suceso. *Anunciado éste por Balart después de haber hablado ahí conmigo, cierto es que me obliga á darle mayor importancia que si se tratara de una fantasía de los chicos de la prensa; pero, por lo mismo, y como antes le dije á usted, obligado estoy también doblemente á ser precavido y juicioso antes de lanzarme á esa arriesgada aventura. Quiero decir que intentaré lo que le he prometido, pero sin fijar plazos ni ofrecer otros resultados que los que den de sí mi poca habilidad de siempre para estas cosas y los hábitos de holganza en que vivo años hace.*

¿Estamos conformes? Pues ármese de paciencia y mande á su amigo.—J. M. DE PEREDA.

Las dos objeciones principales y casi únicas, eran: que no debía El Berrugo compartir su proyecto con don Elías y que, no habiéndose *desarrollado* las relaciones amorosas de Inés y Tomás, no es oportuno presentarlos en las mieses, «tratándose de tú» y discutiendo el punto dificultoso: la confesión del indiano. Sería preciso intercalar un acto para que se conociesen estos amores... Como si el público no supiera desde que se habló del de Nubloso lo que sucedería, y acaso hasta sospechara las recónditas intenciones del relumbrante caballero.

Por mucha que fuese «la paciencia y la tolerancia de un público», el autor no debe confiar en tales virtudes; mejor le servirían acaso la inquietud, la impaciente ansiedad, la inexplicable «adivinación», que tantas veces colaboran con el dramaturgo en sus aciertos más felices. Recalcando y «diciéndolo todo» en el teatro no se tienen éxitos jamás. «Realizan» á un tiempo la obra dramática el autor, el comediante y el público; los tres ponen «algo» y el mérito está en que resulte vigorosa, clara y concisa una comedia, convergiendo en su desarrollo la importancia

del asunto, el relieve de la ejecución y la sensibilidad intuitiva de los espectadores.

Pude condensar en el drama los caracteres y el asunto de la novela, capítulo por capítulo, «indicándolo todo», pero sin reproducirlo todo, cosa inverosímil, además de inútil.

En TERESA RAQUÍN, una de las descripciones más intensas, la visita de Camilo al depósito de cadáveres, se redujo en el teatro, á estas palabras:

—TERESA: ¿Le viste en el depósito, Lorenzo? —LORENZO: Sí.—TERESA: ¿Tenía cara de haber sufrido? —LORENZO: Horriblemente. —TERESA: ¿Tenía los ojos abiertos?—LORENZO: Muy abiertos... mucho... y la boca torcida.

Al decir don Antonio Vico: «y la boca torcida», en su rostro vió el público todas las angustias del ahogado, todas las miserias de la muerte; no produjo el novelista emoción tan honda con sus imágenes elocuentes y expresivas. ¿Qué fuera el teatro si no contara con esas evocaciones misteriosas?

Casi toda la carta se refiere á un asunto muy difícil de tratar. El maestro supone que un público exigente, casi airado, se prometía maravillosos aciertos en la confección dramática de su obra. Yo disiento en absoluto de semejante opi-

nión; yo confiaba en un público respetuoso y entusiasta que asistiría la primera noche al teatro con el éxito en el bolsillo, para divertirse y enternecerse oyendo el primoroso y vivo diálogo del maestro, más vibrante, sin duda, en la representación.

X

Septiembre 18 de 1900

Sr. D. Luis R. Contreras.

Mi querido amigo: Sus dos cartas del 11 y 14 llegaron á mis manos al principio y al fin respectivamente de un dolorosísimo cólico con muchas señales de nefrítico, que me ha tenido dos días en cama y más de tres en convalecencia. Cogióme el chubasco con la herramienta entre manos, empezando á ocuparme en la labor prometida. Quedaron planeados, á mi modo, *los dos primeros actos; veo el tercero y veo el cuarto y veo todo lo que falta hasta la conclusión, pero veo al mismo tiempo que no cabe el conjunto en menos de seis actos ó de cinco y un cuadro final; y para esta ración de drama, aunque le dialogue Cervantes, no hay estómago posible. Ya se lo tenía advertido á usted, así como que á pesar de ello terminaría el plan y se le enviaría á usted para que le conociera, y juzgara si sería posible redu-*

cirle, conservando el orden de los sucesos. Y eso es lo que haré tan pronto como me vea en disposición de volver á trabajar, aprovechando el paréntesis que usted me ofrece, ó compás de espera.

Tocante á los razonamientos que usted emplea, interesantes como suyos, y á los que me transcribe del señor Balart, ¿qué he de responder yo, que no le tenga dicho de antemano?

La importancia misma que quieren dar al acontecimiento, *¿no es la mejor justificación de mis escrúpulos y temores?*

Póngase en mi caso.

Le daré á usted cuantos ejemplares necesite para su colección de la de mis obras completas; pero no de La Puchera *hoy, porque es uno de los que está reimprimiendo Tello, por estar agotados y yo no tengo más que el ejemplar de que me estoy valiendo ahora. De las* Escenas *tengo algunos aquí y puede usted disponer desde luego de los que necesite.*

Agradezco mucho al señor Balart la inmerecida bondad con que me trata; dígale que una carta suya, lejos de estorbarme en mis quehaceres, me los haría más llevaderos y transparentes*; ofrézcale mis cariñosos respetos y usted perdone la lentitud con que camino por la senda en que usted mismo me ha colocado con la más alta y*

generosa de las intenciones, y lo mal que correspondo, por exceso de desconfianza en mis escasos bríos, á la actividad y diligencia de usted.

Siempre suyo afectísimo amigo y compañero. —J. M. de Pereda.

Mi papel quedaba reducido al de un espectador entusiasta. «Planeando á su modo» la obra que dialogaría después, mi oficiosidad era inútil, y nula en aquel negocio mi amistosa intervención; pero tengo la certeza de que, ni el maestro imaginaba que aquello era separarme de nuestro empeño, ni lo hecho por mí quedaba relegado, pues el nuevo plan consistía (como si lo viera, y nunca lo vi, ni tuve más noticias que las publicadas) en hinchar el primero y segundo acto con incidentes eliminados antes por inútiles, en añadir entre segundo y tercero un acto con las relaciones de Inés y el indiano, (proceso amoroso de una sencillez encantadora, que se compendia en una frase) y otro para que «se viera» el trato que recibe Inés de La Galusa, y para que don Baltasar, «que no puede comunicar sus pensamientos á nadie», monologara sin medida. Este acto sería el 5.°; y lo que ahora es último, convertido en «cuadro final» coronaría el drama, no con el suceso lejano que se refleja

en las acciones de los personajes presentes: la desdicha del Berrugo sería relatada por el cura ó por un marinero que le vió estrellarse desde lo alto.

Esperé, sin asombrarme de cómo el novelista, que no consiguió nunca planear una obra, tan de repente y con tanta desenvoltura se lanzaba en ello, desanimado, es verdad, pero no por las dificultades propias del oficio, sino por especiales condiciones del asunto, «porque la novela elegida no era teatral».

Esperé, y la carta siguiente certificó el desengaño; mejor dicho, la comprobación de cuanto yo presentía.

XI

Octubre 4 de 1900

Sr. D. Luis R. Contreras.

Mi estimado amigo: Aquí sí que cuadra bien aquello de mala noche y parir hija.

Desde que escribí á usted mi última carta no he cesado de aprovechar cuantas horas he tenido disponibles para ello, á fin de encontrar lo que vamos buscando en el arreglo teatral de La Puchera: *interés y sustancia. Trabajo inútil y tiempo perdido. Si han de reflejarse los caracteres del libro en la obra dramática, necesita ésta unas dimensiones desacostumbradas é inaguantables en el escenario, y si ha de reducirse la novela á las proporciones toleradas en el teatro, quedan las figuras sin color y los sucesos sin importancia alguna.*

Desconfiando ya de mis fuerzas y de mi vista, *elevé el asunto á más señores, entre los cuales estaban los dos Menéndez y Pelayo, y unánimemente convinieron en que estábamos usted y yo*

metidos en un empeño sin salida posible, que no cabe esa novela en el teatro y que es una temeridad imperdonable hasta el intento de llevarla á él: lo propio que yo he creído siempre como se lo tengo manifestado á usted. Yo siento en el alma tener que declararlo así á la altura en que están las cosas y después de lo que usted ha trabajado, pero recuerde que nunca he pensado de otro modo, y considere que arriesgo mucho en ese lance y que necesito caminar con pies de plomo. Si se tratara de un arreglo hecho por usted á su manera como se hacen tantos otros, con diferentes nombres en los personajes, etc., etc., fuera con Dios; pero este es un caso muy distinto, aprovechando, como se aprovecha el texto de la novela, dialogado por mí lo que es nuevo en la obra dramática, y después de lo que ha dicho la prensa de toda España. En fin, amigo mío, que hay para palparse la ropa y para que yo me eche en el surco. Le repito que siento en el alma no ver á estas horas las cosas de otro modo; pero no lo puedo remediar.

Sabe que siempre le quiere su amigo y compañero.—J. M. de Pereda.

Naturalmente: yo no admití el fallo inapelable del tribunal que rechazaba mi labor, y al que

fué presentada ésta sin mi consentimiento y contra mi voluntad.

No despreciaba yo el juicio inteligente de los magistrados anónimos que, para obligarme, cubría el maestro con el pabellón de Menéndez Pelayo, pero creo una inconveniencia muy arriesgada consultar éxitos futuros. El Director y la empresa del teatro Español insistían en que la obra era viable; yo no me había ofrecido á convertir en un maravilloso drama la novela, sino á planearla con el ajuste que requiere la obra: brindé al maestro un aplauso entusiasta de sus admiradores, pero no un título de incomparable dramaturgo.

Toda la razón estaba de mi parte, y al argumento de que un hombre puede hacer lo que guste de sus creaciones, opuse la necesidad imprescindible de no calificar «trabajo inútil y tiempo perdido» los empleados en una labor admitida por la única entidad que puede anteponer su juicio al del público: la Dirección del teatro que arriesga, como los autores, en la obra, su dinero y su fama.

Nuestra desconformidad absoluta de pareceres debió resolverla, en todo caso, con facultades otorgadas por el maestro y por mí, alguien que aceptase de los dos tan ardua responsabili-

dad; pero nunca los amigos de uno, en quienes habían de pesar más los caprichos de su apadrinado que los derechos del otro. Lo justo hubiera sido poner la causa en manos del señor Balart, crítico ilustre y Director artístico del teatro Español. ¿Cómo era posible que una personalidad tan alta, comprometiese por benevolencia conmigo, persona para él casi en absoluto desconocida, la fama del ilustre montañés y los intereses de la empresa?

Hice mil reflexiones de índole varia, pero todo fué «trabajo inútil y tiempo perdido», como decía el maestro en su carta.

XII

6 Octubre de 1900

Sr. D. J. M. de Pereda.

Mi respetable y estimado amigo: No me ha causado ninguna sorpresa su carta de ayer. Ya se lo dije á usted en una de mis últimas, y lo que me había extrañado era la seguridad que mostraba en su anterior, de tener «visto» el asunto en seis actos.

Ni en seis ni en doce puede conseguirse lo que usted quería; sencillamente porque de una novela se puede hacer un drama, pero no se puede meter una novela, con puntos y comas en el teatro.

No sólo se reflejan los caracteres del libro en la obra dramática proyectada, sino que están allí *todos, y uno (Pilara) con mayor desarrollo.*

La opinión de D. Marcelino y demás señores merece mucho respeto, el mismo respeto que la de D. Federico Balart y otros caballeros que piensan todo lo contrario.

Pero así como el novelista y el crítico pueden asesorarse de las opiniones ajenas, el autor dramático ha de «ver» con los ojos interiores la obra realizada y no puede asesorarse de nadie. Si no ve, si no adivina, que no proyecte.

Yo «veo» representada La Puchera *en cuatro actos, y contando con lo que usted no cuenta, la presentación del lugar, la figura y el movimiento de los personajes: «sé» que allí están los caracteres de la obra y la obra entera. ¿No aprovechamos los principales diálogos? ¿No había que decir nada en los nuevos? ¿No son nada el escenario y el actor? ¿No atendimos á todas las observaciones hechas por usted anteriormente? ¿Qué situaciones esenciales han quedado fuera? ¿Qué rasgos de carácter dejan de aparecer? Así, analizando es como se forman los convencimientos, no con temores, dudas y nerviosidades.*

«La obra» es una cosa y el volumen escrito es otra. Pues que ¿no podría usted si un día entrara en ganas, cortar, añadir, hacer variantes, modificar descripciones, etc., en su libro, sin que dejara de ser La Puchera? *Ese campo de acción, ese paisaje y esas figuras ¿no se ven más que á través de las palabras que usted empleó, ni una más ni una menos? La concepción de la obra es invariable, pero su interpretación admite varias*

versiones, tanto más, cuando á un solo elemento, la letra, sustituyen tres: la letra, el personaje y el lugar.

Ya sabe usted cómo emprendí estos trabajos. Un día hablamos de teatro y manifestó usted algo así como nostalgia de no ser aplaudido, de que todas las admiraciones juntas que sus obras inspiran, no se patentizaran en un éxito ruidoso. A una indicación mía, contestó usted que no había pasado jamás del primer acto, que no sabía «planear», hasta el punto de que ni planeaba sus novelas. Entonces me ofrecí á confeccionarle para teatro La Puchera *asegurándole que había en ella un drama, siempre que usted se comprometiese á hacerme diálogos nuevos.*

«Los diálogos no me cuestan nada, los hago con suma facilidad». De aquí partió nuestra hoy comprometida empresa.

Por respeto al nombre de usted y por humildad mía, dije á todos que puesto que el asunto, los caracteres y el diálogo eran de usted, la obra sería de usted solamente, y yo, como albañil ó carpintero no pondría mi nombre junto al del pintor y arquitecto. D. Federico y yo lanzamos la noticia con objeto de animar á usted. ¡Error! Conseguimos asustarle y hacerle temer. ¿Qué

espera de usted el público? Espera la hora de aplaudirle y nada más.

El plan mío, alabado por el señor Balart, y que puede someterse á juicio de personas inteligentes, abarca y desarrolla cuanto se puede abarcar y desarrollar, y tiene interés. No es posible suponer que el público aprenda de memoria la novela para ver si está ó no todo. Y aunque así lo hiciera no saldría disgustado.

El público pide interés y lo hay en el drama sin haber falseado la novela. ¿Sabe usted lo que resultaría? Que se venderían dos mil ejemplares de La Puchera *(novela) en un mes. El afán de comparar existe, y después de ver el drama es cuando acuden á las librerías; acaso muchos que «leyendo» no penetran las obras novelescas, después de ver á los personajes de «bulto» los fijan en la imaginación.*

No «arriesga usted nada en el lance» ni «necesita andar con pies de plomo». Eso fuera bueno en un drama de asunto original. Pero ¿en una obra ya juzgada? Si usted dialogase mis escenas, y (cosa imposible) no diéramos gusto á los señores, al día siguiente aparecería mi nombre en el cartel como autor, y diría yo y haría decir que no había de usted más que los magníficos diálogos tomados del libro.

Crea usted que todo son visiones y ensueños; ni hay peligro ni se arriesga nada.

Ya sé que no he de convencerle. Y ahora vamos al último punto, que prueba cuán impresionados están usted y los que le rodean, y cuán distantes de la realidad. Dice usted. «Si se tratara de un arreglo hecho por usted á su manera, como se hacen tantos otros, con diferente nombre en los personajes, etc., fuera con Dios». Es decir, un drama distinto, con el mismo asunto, sin aprovechar ni una frase. Pues bien, eso lo hará con las obras de usted no quién usted quiera, sino el que se lo proponga. Reciente se halla el caso de los herederos de Alarcón y Dicenta. Cualquiera puede tomar impunemente:

El asunto.

La situación.

Los caracteres.

Los nombres.

El título.

Lo que no puede es tomarlo todo á la vez.

Cuando un autor da permiso para que se arregle una obra suya, cede (con su cuenta y razón, pues cobra parte de sus derechos) todo eso á un tiempo. ¿No comprende usted que sería ridículo salir ahora yo con una imitación de La Puchera, *que no se llamase* La Puchera, *y donde no hubiese Berrugo, ni Pilara, ni Josco, etc.?*

No dudará usted de las buenísimas intenciones que me han guiado y hará lo posible para que yo no pierda el mes de intenso trabajo, el mes de cartearnos y aguardar.

Si no llega su condescendencia (que no llegará) al punto de escribirme, como usted puede hacerlo, sin preocuparse mucho, los nuevos diálogos, deme permiso para llevar al teatro un arreglo de La Puchera, *como se hacen todos los arreglos, conservando el título, el nombre de los personajes, y parte del diálogo.*

Hasta el arreglo de Pequeñeces... *(que no apareció con este título, porque varios, yo entre ellos, anunciamos que armaríamos una muy sonada) se hizo así, ¡y su autor era un jesuita, y su arreglador un cursi teatral!*

Espero que á su respuesta definitiva acompañará mis cuadernos, y sólo siento que por delicadezas mías, pues yo debí llevarlos á Santander, los hayan juzgado personas á cuyo criterio no me hubiera jamás confiado.

Sabe que colaborando con usted, haciendo el arreglo sólo, y hasta sin colaborar ni arreglar nada y perdiendo en absoluto mi trabajo y mis afanes, le quiere y le admira su devoto,

LUIS RUIZ CONTRERAS

Octubre 9 de 1900

Sr. D. Luis R. Contreras.

Mi estimado amigo: El fondo que se trasparenta en toda su carta del 6 y lo que se dice terminantemente en un párrafo de ella, aunque sea en son de broma como lo entiendo yo, me obligan á tomar el asunto que ventilamos desde su punto de origen para refrescar un poco la memoria de usted. De usted nació y no de mí la idea de llevar al teatro La Puchera, *idea que me dió usted á conocer en la calle, al encontrarnos por casualidad en la de Capellanes una mañana. Ni de lo que entonces me dijo usted, ni de lo que en otras dos ó tres ocasiones me expuso en mi casa referente á su proyecto, pude yo formar juicio del valor dramático de éste, porque no me presentaba más que nombres y números de las páginas de la novela. En nada, pues, convinimos, sino en llevar adelante el intento hasta ver qué nos resultaba una vez realizado.*

El día mismo de mi salida de Madrid, por la mañana se presentó en mi casa D. Federico Balart, y por ser concordante con el asunto de que me habló, le enteré de lo que estaba usted ha-

ciendo, y le recomendé que se vieran, y trataran del caso, recomendación que pocas horas después hice también á usted.

Ya en la montaña y andando los días, fué cuando, por los cuadernos que usted me mandó, pude juzgar con plena conciencia del verdadero valor teatral del arreglo.

Lo que sobre éste le he dicho más de una vez, no hay para qué repetirlo. Deseando dar á los sucesos y á caracteres que usted presenta en su obra, más hilación lógica y mayor desarrollo, intenté el trabajo de que le hablé, y vi *y sigo* viendo *conseguido mi objeto; pero no el drama aceptable por sus dimensiones y por su interés y tal como se necesita para justificar siquiera mi aparición en el teatro á mis años y en mis circunstancias. Este es el caso limpio y mondo que en nada contradice lo hasta aquí* actuado *y consentido por mí, puesto que no hallo en la obra de usted ni en la mía, en una por carta de menos y en otra por carta de más, lo que se necesita para lanzarme á correr tras descomunal aventura. Insisto en estos particulares, porque lo hace usted reiteradas veces en los perjuicios que le ocasiono con mi negativa, sumando con ellos hasta el tiempo gastado en escribirme y las ocho pesetas que le costaron los dos ejemplares que com-*

pró de La Puchera, *sumandos que sólo á título de broma, como le dije al principio, pueden aceptarse en una cuenta de tan opuesta índole.*

También comprenderá usted que después de los reclamos de El Liberal *y de otros periódicos, consentidos (el primero al menos) por el señor Balart, en todo arreglo de* La Puchera *llevado al teatro con ese título y los nombres de sus personajes, ha de ver el público colaboración mía, y sobre mí, por consiguiente, han de venir las consecuencias de un fracaso; y á esto no me resigno, ni debo resignarme por ninguna consideración. A este derecho no he renunciado nunca ni de palabra ni por escrito. Los intereses del señor Balart en este delicado asunto son muy diversos de los míos y no más respetables.*

Ya le he dicho á usted, y ahora vuelvo á repetirlo, que siento en el alma que el éxito no haya coronado los esfuerzos de usted y mis buenos propósitos, y aun le añado que con ese resultado, casi casi contaba yo, porque mis novelas en general y esa en particular no son de las llamadas de argumento, *fáciles, por ello, de acomodar al teatro, y hay que buscarlas el jugo en la naturaleza, en algo de* tejas afuera *de que están compenetrados los caracteres de sus personajes, algo,*

en fin, que no puede llevarse al escenario porque no cabe en él ni hay manera de representarlo con la tramoya de entre bastidores. Añada usted á estos graves inconvenientes la falta de actores para interpretar fielmente cuanto de original y pintoresco tienen en el libro determinados caracteres y figuras que apenas existen ya en la realidad, y ayúdeme á sentir. Puede, sin embargo, tener alguna excepción esta regla, especialmente cuando se trata de obras de menor alcance, como v. gr.: Blasones y talegas, *de la que ha hecho una reducción para zarzuela, Eusebio Sierra, en un acto y varios cuadros.*

Claro que el asunto de esta novelita, es decir, la marcha de él, se abrevia y hasta precipita mucho, pero quedan en el arreglo todas sus principales situaciones y los caracteres en toda su integridad. Así y todo es posible que la den un meneo si se representa; pero como el arreglo es cosa declaradamente suya, sin la menor intervención ni colaboración mía, allí se las haya, como se las hubo en junio el de La Leva, *cuyo pateo presencié yo lleno de regocijo en un palco de «La Zarzuela».*

No le pese, por la razón que me da, el no haber venido á traerme los cuadernos (que le devolveré en seguida) pues todo se tuvo en cuenta en la consulta de que le hablé en mi anterior.

También le tengo dicho que si no le he dado á usted los dos ejemplares de La Puchera, *consiste en que está agotado este libro y es uno de los tres que actualmente reimprime Tello. Las* Escenas *se las enviaré con los cuadernos.*

Concluyo esta carta recogiendo el afectuoso contenido de su último párrafo y asegurándole que, aun sin él y hasta enfadándose usted un poco por la contrariedad que ambos hemos sufrido, ha de quererle siempre de todas veras y de servirle en cuanto usted le mande, su buen amigo y compañero,—J. M. DE PEREDA.

Un desahucio, con agravantes, prohibiéndome la única demostración posible, cuando mis razonamientos eran desatendidos. La firmeza inquisitorial del maestro no se doblegaba. El público buscaría siempre al novelista en la obra del adaptador; la prensa, que tan fácilmente pudo convencer á todo el mundo, carecería de medios para probar que no era exacto lo dicho. Ni las revelaciones de los interesados, ni las referencias de los periodistas, ni el cartel, ni mi humilde prosa, tan diferente (por desgracia) de la impecable prosa del maestro, convencerían al público de que no tenía el novelista en la monstruosa mixtificación arte ni parte.

Sí; el público silbaría, seguramente, dedicando al ilustre montañés el fracaso. El público pensó regalarse con una maravilla y le daban un esperpento. La protesta repercutiría en los Picos de Europa... «Trabajo inútil y tiempo perdido».

13 Octubre de 1900

Sr. D. J. M. de Pereda.

Mi estimado y respetable amigo: Dice usted en su carta: «de usted nació y no de mí la idea de llevar al teatro La Puchera*». ¿Quién lo duda? ¿Cuándo he dicho lo contrario? Si precisamente la única «gloria» que yo deseaba para mí era esa, «el impulso»; pues no siendo míos el asunto ni el diálogo, aunque lo fuera la parte de «carpintería teatral» preferiría yo á todo, que usted dijera siempre, como dice ahora, que se había metido por mí en esos derroteros.*

En lo que no le ayuda la memoria es en los detalles, ocasión, etc. Estaba usted solo en casa una noche cuando entré yo: hablamos de «renovar laureles», de la conveniencia de hacer otra novela, y le animaba yo, como de costumbre. (Usted recordará que cuando sus íntimos, por adu-

larle, dijeron que no escribiría usted más, repitiendo palabras dichas por usted en momentos dolorosísimos, yo fuí «el único» y usted me dió la razón bien pronto, escribiendo Peñas arriba, *que sostuve lo contrario). No sé cómo, hablamos de teatro; recordé* La mujer del César *dónde se nota el rastro de un plan de comedia. Usted me dijo que había planeado «primeros actos» pero que nunca pasaba de ahí, que ni siquiera terminaba el plan de sus novelas. Yo contesté que lo del plan lo hacía cualquier practicón; que* La Puchera *tenía bastante interés para el teatro y que si usted pudiera hacer los diálogos nuevos, lo del plan, interesante y sin que los personajes dejaran de ser lo que son, corría de mi cuenta.* «Entonces usted no se comprometió á nada absolutamente», pero me dijo que los diálogos eran para usted una cosa sencillísima de hacer.

Que á usted le interesaba el asunto, no hay por qué decirlo. Con mi plan terminado y habiendo escrito á Berriatúa pidiéndole hora para hablarle del caso, me «sorprendió» una gástrica de un mes, imposibilitándome de asistir á la cita que Berriatúa me daba en atento B. L. M.

En este paréntesis, D. Federico Balart le vió á usted y trataron de un arreglo de Sotileza. *Me dió cuenta de todo, fué á visitarme y me puso al habla con D. Federico.*

Reformé algo mi proyecto, y recortando los diálogos aprovechables hice un esqueleto de los demás para que usted sobre mis apuntes puliera y modelara la obra completa. Volví á consultar á D. Federico, y reformamos el acto cuarto dividiéndolo en dos cuadros y atendiendo á todas las observaciones que constan en las cartas de usted. Cuando recibió usted mis papeles ya tenía usted meditado un plan á su modo y puesto en orden los detalles, etc., de manera que mi plan lejos de hallarle á usted con el espíritu abierto para empaparse en él, entró luchando con las combinaciones de usted, que no podían parecerse á las mías, dada la diferencia de temperamentos, de ideas, etc. Yo había dado á La Puchera *una expresión teatral, acentuando la nota dramática y sentimental; usted trataba solamente de recoger en sucesivas escenas todos los detalles de la obra escrita. Ya se lo dije á usted mucho antes de que usted desmayara: «De una buena novela se hace un drama interesante; pero es imposible* meter *una novela en el teatro». Yo creo que un buen poeta puede hacer de* La Puchera *un poema hermoso, hay elementos para ello, pero sería imposible que resultara «poema» siguiendo exacta y nimiamente la novela; sería, en ese caso, una novela en verso.*

No aspiro á convencerle; pero por última vez trato de justificarme. Usted dice: «Si le dejo hacer á usted solo el arreglo de La Puchera *después de lo que se ha jaleado, creerán que es mía y me juego mi reputación». Yo digo: «Si no hago* La Puchera *después de lo hablado, la gente supondrá que mi plan era inaceptable y mi reputación de hombre de teatro queda en mal lugar».*

A eso usted replica: «Lo siento, pero cada uno para sí. Yo no puedo ahogarme para que usted respire».

Puesto en estos términos, el asunto ya debe plantearse como un problema de lógica; ni usted ni yo, ni sus amigos, ni los míos, podemos «asegurar» el éxito de La Puchera *fundado en las condiciones de mi plan: pero todos pueden responder á estas dos preguntas:*

«Si no se representa La Puchera *¿no creerá todo el mundo que D. José rechaza el plan de R. Contreras? Y si lo rechaza ¿será por hallarlo demasiado bueno?».*

«Si se representase La Puchera *como arreglo de la novela, cosa que diría la prensa y llegaría á los oídos de todo el mundo, ¿qué sucedería? Suponiendo un fracaso: Que el «arreglador» no había sabido salir airoso, y suponiendo un éxito, que la «obra» era magnífica.*

¡Gloria al autor!

Recoge usted el final de mi carta (y hace bien) escrita de todo corazón: siento no poder afianzarme en el final de la suya escrita por cortesía.

Efectivamente dejé mis traducciones, que me ofrecen el pan cuotidiano, para lanzarme á una obra que me prometía honra y provecho. Mi trabajo tiene intensidad, interés y fuerza bastante para no ser desechado; nunca pondría en ridículo ni siquiera en riesgo la obra de usted. Ya que por querer realizarlas de un modo excelso fracasaron las ilusiones, deseaba yo que no se perdiera mi trabajo, sin perjudicar en lo más mínimo la fama literaria de usted. ¿A usted le parece que el arreglo teatral de una novela, bueno ó malo, puede perjudicar al libro? Es usted el único autor que así piensa, pero el pensamiento de cada uno es tan libre que no puedo ni quiero insistir.

Siempre suyo devoto admirador y amigo verdadero,

LUIS RUIZ CONTRERAS

Octubre 24 de 1900

Sr. D. Luis R. Contreras.

Mi querido amigo: Ayer puse en el correo certificados, los cuadernos de usted y un ejemplar de Escenas. *No me alcanzó el tiempo para escribirle, y por eso lo hago hoy. Perdone la tardanza, pues he estado ocupadísimo estos días, despachando, entre otros asuntos engorrosos, el correo de América que tenía muy descuidado y era muy abundante.*

Todo lo que usted me recuerda en su carta del 13 es la pura verdad, si no me es infiel la memoria, pero también es cierto que en nada se opone á lo que yo le tengo manifestado sobre ese punto que ni siquiera debería tocarse entre nosotros, como tema discutible. El hecho es, en definitiva, que ni usted ni yo hemos logrado realizar un pensamiento que por igual nos halagaba; que usted cree que sometida la obra al fallo del público, éste la aplaudiría, y que yo creo todo lo contrario por las razones que le tengo dadas y otras muchas más que le expondría, con el dedo sobre las páginas del arreglo de usted y de

las reformas hechas por mí; que tengo la certidumbre del fracaso no porque no hayamos sabido meter en la obra teatral toda *la novela (absurda y necia presunción que no ha podido nunca caber en mí) sino porque lo que hemos tomado de ella y lo que* se ve *en el arreglo, no tiene interés bastante para cautivar la atención de nadie, y mucho menos después de lo que se le ha dicho al público en letras de molde y de lo que este caballero tiene derecho á esperar de nosotros. Esta es, amigo mío, toda la cuestión. ¿Qué más hubiera deseado yo que un éxito feliz en nuestro empeño? Yo soy capaz de hacer por usted el sacrificio que quepa en el mejor de sus amigos: pero no el de acompañarle en esa aventura á la cual desea usted lanzarse, por la calidad de lo que ambos hemos de perder en ella... Y no se preocupe usted de la interpretación que pueda darse á la retirada de nuestro arreglo teatral; medite más bien en la* corrida *á que nos exponíamos con el empeño obcecado de que se ponga en escena.*

Duda usted de la sinceridad de un párrafo mío, en que si no recuerdo mal, le manifestaba afecto cordial y estimación verdadera. Lo siento en el alma, y lo siento por usted, pues como no ha mucho le dije de palabra, no logrará nunca

que deje de quererle bien, aunque me llame perro judío, su compañero y amigo de verdad,—J. M. DE PEREDA.

Al cabo recibí los infelices cuadernos, y lamenté la trabajosa y dura existencia de mi opulento amigo, el cual no tuvo en muchos días un instante para decirle á un criado que certificase un paquete.

Admirábame que una cosa tan pequeña resultase tan difícil, cuando asuntos de importancia se resolvían tan ligera y definitivamente, y sentía que D. Marcelino Menéndez Pelayo cubriera con su nombre la condenación aventurada, muy ajeno entonces tal vez y sentido ahora, de aquella injusticia lamentable, con la cual tranquilizaba de momento el sistema nervioso de su ilustre conterráneo, á costa de mi atendible labor que resultaba «trabajo inútil y tiempo perdido».

XIII

26 Octubre de 1900

Sr. D. J. M. de Pereda.

Mi estimado y respetable amigo: Recibí anteayer un paquete certificado (conteniendo los cuatro actos del drama y un ejemplar de El sabor de la tierruca, *en vez de* Escenas montañesas *que usted creía enviarme), y ayer llegó á mis manos su cariñosa carta.*

Ya queda roto el cristal de nuestra «imagen dramática», ya no tiene arreglo, y por eso mismo me parece ocasión oportuna para completar mis anteriores razonamientos.

Insiste usted en la idea del público exigente, del público que se prometió más de lo que le dan. Eso no existe para usted. En otro tiempo hubo en los estrenos de Echegaray, de Sellés, de Tamayo, un público de lucha, compuesto de dos partes, una dispuesta á que todo fuera sublime y otra dispuesta á que todo fuese despreciable.

Con algo de ese público ha tropezado aún Galdós.

Pero cuando se llena el teatro de gente que piensa lo mismo, que admira respetuosa y cariñosamente al autor; que siente por éste profunda simpatía: le dan una rueda de molino y se la traga. Entonces, el público espera con ansiedad el momento en que ha de reir y enternecerse y apenas apunta un chiste, una situación sentimental ó un conflicto dramático, lo monumentaliza, y el éxito se produce fácil y espontáneamente con verdadero entusiasmo. Tal fué la carrera dramática de Ceferino Palencia. Parecía el autor un niño *y las señoras iban á verle con amor de madre. Tal es la de los hermanos Quintero á cuyos estrenos acude el público de buena fe, como irían á su casa de visita, como si les trataran desde el nacer «á reirse con las gracias de los chicos». Su público les llama «los chicos» (tienen sesenta años entre los dos).*

Claro que para esto se necesita algo más que la simpatía plástica; se necesita también la simpatía intelectual. Pero esa ¿no la tienen ya probada Pilara, El Josco, Inés y demás personajes?

Usted no es para nadie lo que los autores antes citados, porque usted es mucho más; á su fama literaria une la simpatía de su carácter familiar y

católico y el respeto que su edad, su posición y su talento inspiran. Pudo ir usted una vez al teatro, no ya con la ropita que le ajusté cortando en el paño de su novela y añadiéndole algunos adornos, pobres, como míos, sino descalzo y desnudo de todo atractivo, y sin temor de aburrir ni disgustar. El estreno en lugar de una «lucha» sería una «fiesta».

Me hubiera gustado que oyera usted á Cavia la otra noche. La mitad de mis reflexiones ya escritas en mis cartas, me las repitió él como si hubiese leído mi correspondencia con usted. Y hasta los actores de los teatros grandes y chicos, todos quisieran ser intérpretes de la obra, con el cariño respetuoso que no permite la «disección» y acepta y admira sin restricciones. Aparte de que sigo creyendo que hay en La Puchera, *drama, bastante que admirar.*

Ahora bien: á pesar de los esfuerzos que hice por evitarla, esa timidez de usted no me coge de sorpresa. Los entusiasmos que sintió en Madrid perdiólos al llegar á Santander. Por eso no quise hacer los diálogos del cuarto acto reformado, considerándolo tiempo perdido y me contenté con enviarle el asunto; *por eso no tomé ¡y buena falta me hacen! dos mil pesetas que me prestaba un editor á cobrarse de los derechos que*

me correspondiesen; por eso he tocado (infructuosamente) tantos resortes y extremado la nota para convencerle á usted; por eso tenía yo tanto empeño en ir á esa y acaso mi viaje hubiera evitado sus desilusiones. Soy capaz de hacerle ver escena por escena, frase por frase, los efectos teatrales que ni en el manuscrito ni en mis cartas pudieron mostrarse de relieve.

Es un asunto que acabó, un esfuerzo más, inútil y hasta contraproducente, pues lo que representado me acreditaría de «hombre de tablas» practicón, sin representar me perjudica en este sentido. Todos mis buenos compinches dirán que la obra no se representa porque yo me equivoqué asegurando que podía hacerse un arreglo imposible.

Si creyera en el Destino, diría que para mí se fraguó la eterna lucha estéril, y el esfuerzo vano ha de acompañarme hasta el fin. ¿Cómo se arreglan los demás para imponer lo que saben? Acaso el hombre se impone sólo cuando la casualidad le ayuda. La campaña de crítica teatral que hice en El Resumen, *y está impresa en un libro (cosa que no podría intentar aquí ningún crítico de teatros, porque todos siguen la opinión vulgar contradiciéndose de un día para otro),* los Senyors de Paper *y el folleto* En Defensa propia,

su consecuencia; El Pedestal *y* Pródigo *bastante leídos y alabados; mis traducciones de* Teresa Raquin *y* El pato Silvestre *debieran darme alguna autoridad. Pues, vivo tan lejos del teatro como si nunca me ocupara en él.*

Ramos Carrión, el autor de Los sobrinos del capitán Grant, *de* La Marsellesa, *de* El bigote rubio *y de* La muela del juicio, *el hombre que más distanciado se halla de mí en «procedimientos artísticos» ha dicho que si él fuera empresario estrenaría* Pródigo, *cuya novedad y nervio, juzga de tal naturaleza, que si el público aceptaba ciertos «peligros» habría obra y éxito para muchísimas noches. Y ¿sabe usted cuál era la opinión de Thuiller? Que «no había nada que hacer», que la idea del drama era... ¡una novela! No había nada que hacer porque Cristián no vocifera, ni se descompone, ni amenaza.*

Tengo un asunto de importancia con un famoso y acaudalado editor de Barcelona; me han escrito halagadoras promesas; pero no tendría nada de particular que la noche antes de recibir las órdenes definitivas para realizar ese fructífero asunto, me recojan los barrenderos hecho un carámbano junto á las tapias del Retiro, hogar de todos los que no le tienen ó le han perdido.

¡Qué vida tan injusta y tan innoble!

Le quiere, le respeta y le admira sinceramente, su invariable amigo,

LUIS RUIZ CONTRERAS

Noviembre 7 de 1900

Sr. D. Luis R. Contreras.

Mi querido amigo: Estoy de malas con usted resueltamente, con la mejor de las intenciones. Le prometí unas Escenas montañesas *y por equivocación le envié un* Sabor de la tierruca; *tan pronto como usted me advirtió la distracción quise enmendarla, y aunque revolví toda la casa no di con un ejemplar más que el de la colección encuadernada que conservo. Por si me quedaba alguno en Polanco dejé de contestarle á usted hasta volver del viaje que tenía proyectado á aquel pueblo, é hice ayer con motivo de la festividad del día (víspera de los difuntos): pero tampoco encontré allí el ejemplar que tanto deseaba. En vista de estos contratiempos, doy encargo á Suárez de que envíe uno á casa de usted. Por eso digo que en todo lo que proyecto, que tenga alguna relación con usted, mete el diablo su pata.*

Agradézcame siquiera la buena intención que pongo de mi parte, especialmente en el punto capital de nuestro pleito. Me enumera usted en su carta última (y Dios le perdone la equivocación en que incurre) los méritos que yo poseo para conquistar el respeto y el aplauso del público en el teatro, sin considerar que cuanto mayores sean esos méritos más obligado estoy á presentarme con algo digno de ellos ó del caballero que, desengáñese usted, no tiene entrañas en cuanto se convierte en juez, arrellanado en su asiento teatral. Precisamente ha sido ese mi argumento capital desde que empezó nuestra porfía, aun sin reconocer en mí, como no reconozco, esos merecimientos que la bondad de usted me atribuye.

En lo tocante á Pródigo *voto con Ramos Carrión. Lleva dentro de sí esa obra algo que no es común ni de todos los días, que la hace merecedora de los aplausos del público inteligente.*

Pido á Dios que no se malogre el asunto que trata con un editor de Barcelona y que le barra á usted de la cabeza esas nubecillas de verano que le obscurecen un poco los horizontes de su fantasía, demasiado tocada del romanticismo que ahora se estila. ¡Ah!... el hígado *condenado!*

Suyo afectísimo,—J. M. DE PEREDA.

Eso de achacar á fantasías románticas mi triste humor y mi desaliento, solamente originados en aquella fecha por su cómodo positivismo, acabó de contrariarme, y queriendo poner fin al asunto, y que nadie me hablase más de mi desdichado propósito, quise dar á la prensa terminantes aclaraciones, en las que hallara el público su desengaño.

A la carta en que yo las pedía, responde la siguiente:

Noviembre 13 de 1900

Sr. D. Luis R. Contreras.

Mi querido amigo: Tampoco esta vez tengo yo la culpa de no responder á usted tan á punto como debiese. Perdóneme la involuntaria falta.

Yo estoy dispuesto á complacer á usted siempre que me sea posible y á usted le resulte conveniente. Nada más fácil de hacer que lo que ahora solicita usted de mí. Pero ¿está usted seguro de que le resulte lo que va buscando con ello? Reflexiónelo bien.

Nadie se acuerda ya de nuestros anunciados y comentados propósitos de campaña teatral. Sacar á relucir ahora el asunto en la forma que usted

me propone es dar motivo á que la malicia desentrañe los conceptos á su gusto.

Yo no tengo inconveniente en escribirle esa carta en los términos que usted me proponga; pero estoy seguro de que ha de descubrirse la trama de la combinación ó ha de sospecharse cuando menos, y para huir usted de un peligro imaginario ha de caer en otro verdadero. Con más serenidad que usted en este asunto, así le veo y así se lo expongo.

Piense, resuelva y mande á su buen amigo que le quiere,—J. M. DE PEREDA.

El peligro *verdadero* en que yo caería huyendo un peligro *imaginario,* era sin duda la verdad terrible: no que *La Puchera* fuese mas ó menos teatral, sino que mi drama era un esperpento.

Y aquí haré la última observación acerca de un punto, que debe quedar muy en claro.

Cuando se reduce á forma dramática una interesante novela, nunca se hace una fidelísima copia. Ni el pintor, ni el fotógrafo llegan á tanto. La cámara obscura y la paleta, no dan la exactitud que imagina indispensable mi descontentadizo maestro. Las obras de teatro son para el público, y con el criterio del público hay que juzgarlas. Para que así lo hiciéramos, quería yo

asistir á la primera lectura y responder á las objeciones de palabra.

Me obligaron á renunciar este derecho, y mi complacencia respetuosa fué origen de todo lo demás.

Un artículo publicado en *El Imparcial,* con la supuesta rectificación de Sierra (y más afirmaba que rectificaba) y los carteles redactados en *forma conveniente,* adjudicaron al autor de la novela en el fracaso de BLASONES Y TALEGAS una parte muy justa, pues la obra se hizo con su beneplácito, y según él contenía en su integridad caractéres y situaciones.

Noviembre 23 de 1900

Sr. D. Luis R. Contreras.

Mi estimado amigo: Porque no crea usted que la chinita *que me arroja en su carta del 20 me ha llegado á lo vivo, y puesto en la necesidad de darle callada por respuesta, le escribo estos renglones, ante todo para recordarle que en una de mis primeras cartas escritas después de serme conocido su arreglo de* La Puchera, *le hablé de lo descuidado que me tenía el éxito de otro de* Bla-

sones y talegas, *hecho por E. Sierra, sobre quien irían todas las responsabilidades; y le establecía las diferencias, por lo que á mí tocaba, que había entre la trascendencia é importancia del uno y del otro arreglo. No hay para qué repetirlo aquí, ni nada veo que á ello se oponga en el recorte de* El Imparcial, *que usted me envía con algún subrayado de su mano, noticia publicada por encargo de Sierra, como rectificación de otras muchas que circularon en esa prensa y me mortificaron grandemente por su tendencia á hacerme padre de la criatura.*

Con mi lealtad de siempre se lo declara su afectísimo amigo.—J. M. DE PEREDA.

No insistí en hacer públicas las desavenencias y los desacuerdos habidos, autorizado, como lo estaba yo, por la carta del 13 de noviembre, para redactar á mi gusto la explicación.

Ahora lo hago, reproduciendo los textos originales; y creo llegada la oportunidad, por tratarse públicamente de que *al fin* dará una obra para el teatro el ilustre novelista.

En cuatro meses no tuvimos correspondencia, y habiéndole yo escrito para el día de San José, recibí la contestación en esta forma:

XIV

Marzo 24 de 1901

Sr. D. Luis R. Contreras.

Mi querido amigo: Muchas gracias por la salutación que me envió el día de mi santo.

La otra carta á que en ésta se refiere usted, no se perdió en el camino y llegó á mis manos, pero como era respuesta á otra mía y no de urgencia su contenido, no le dí cuenta de ella.

Al decírselo hoy no necesito decirle cuanto deploro las contrariedades de que se queja, y cuanto deseo que caminen con mejor pie la novela y el drama que tiene en el telar.

Veo también con pena, que lo mismo en esta carta que en la siguiente, retoña la obsesión de La Puchera *y de la mina que sueña usted perdida por negarme yo á que aquel arreglo se haya puesto en escena. En ocasión oportuna le di las razones en que apoyaba y apoyo mi negativa, razones entre las cuales nada pesan esos manifies-*

tos deseos y excitaciones de los que no conocen la obra como la conozco yo. Que con un gran éxito de ella se hubiera ganado mucho dinero, ¿quién lo duda? Pero ¿dónde están las garantías de ese éxito? Este es el caso y bien razonado se lo tengo. También le tengo hablado repetidas veces de lo descuidado que me tenía el arreglo de Sierra, y aunque por cuestión de taquilla se me haya querido adjudicar mayor dosis de paternidad de la que me pertenece, descuidado continúo, porque sobre el arreglador ha caído la responsabilidad, alcanzándome á mí solamente la de haber consentido en el arreglo para zarzuela y ¡en Apolo!

A pesar de que la obra continúa representándose, esa debilidad confieso y de ella me acuso humildemente con firme propósito de enmendarme no consintiendo jamás que se lleven mis novelas al teatro, porque está visto que de la mejor arreglada de ellas, pasa lo más interesante en los entreactos y el resto hay que forzarlo á cuña.

Y vamos ahora al asunto de su última carta recibida ayer. Me he enterado de las páginas adjuntas á ella del «Gran Diccionario, etc.», del señor Pagés de Puig, y con gusto le dedicaré las cuatro líneas que éste desea, porque realmente las merece. Pero ¿no le parece á usted que ne-

cesito yo un motivo que justifique la recomendación en esa forma, v. gr.: el haber recibido del editor un prospecto ó algunas noticias de la obra, que hoy no tengo, porque usted no me las dá? Supongo que en algo así habrán apoyado sus cartas los señores que usted cita.

Esperando su respuesta para complacerle quedo como siempre suyo afectísimo amigo,—J. M. DE PEREDA.

No pudo menos de admirarme cuán resignado soportaba que «por cuestión de taquilla se le adjudicase mayor dosis de paternidad»; la taquilla sólo habla por el cartel y el cartel se reforma fácilmente. Había, sin duda, gastado toda su entereza en rechazar mis pretensiones y no la tenía ya para corregir excesos... ¡Que abusasen de su nombre... por cuestión de taquilla, si tal era el gusto de la empresa! El, no protestaría, sufriéndolo con admirable mansedumbre. Mi duro inquisidor se transformaba en blando cordero.

Tanta inconsecuencia desconcertóme al fin, y, no pudiendo explicármela, quise ver si todo tenía en aquel hombre igual arraigo. Tomé una resolución definitiva. Tasando prudentemente sus ofrecimientos, le pedí una cantidad insignificante, por temor de que no llegase á tanto su

brío, y deseando verle salir airoso de la prueba.

El cálculo de la cantidad fué muy curioso, porque no debía exceder á lo que derrocha cualquiera en un pequeño goce, ni reducirse á lo que se dá, por salir del paso, y sin que represente sacrificio alguno.

Tuve presentes: la renta, las necesidades y todas las condiciones crematísticas del personaje, objeto de mi singular estudio.

Así determiné la cifra: ¡200 pesetas!

¡Y aún tasaba muy alto!

Véase la solución:

Junio 6 de 1901

Sr. D. Luis R. Contreras.

Mi muy estimado amigo: Como voy alcanzado en la cuenta de Suárez y no ando muy sobrado de fondos en estos días de liquidaciones de todas castas, sólo puedo enviar á usted la mitad de lo que me pide, no en cumplimiento de oferta alguna, que no recuerdo, sino por impulso nacido de la terminante petición de usted y sintiendo mucho no poder servirle más que á medias. Suple por el resto la buena voluntad de su afectísimo amigo,—J. M. DE PEREDA.

Mi respuesta no podía ser más que una: recordarle sus palabras, «*yo soy capaz de hacer por usted el sacrificio que quepa en el mejor de sus amigos*», y advertirle que algunos de los que se llaman amigos míos, y sin hacer ostentación de generosos, me habían facilitado miles de pesetas, como yo las facilité á otros cuando pude y las necesitaron; que aquello era una prueba, un tanto irónica y traidora, pero la única posible para convencerme del valor de las palabras y de las intenciones. Pasado el incidente le reiteraba mi admiración, que no disminuye nunca y mi cariño, á pesar de todo, persistente, arraigado en muchos recuerdos imborrables de mi vida.

Como al contestar á mi endoso no hizo memoria de su ofrecimiento, para responder á mi sacudida, no tuvo presente su evangélica frase: *aunque me llame perro judío, nunca logrará que deje de quererle bien.*

¡Perro judío! Sólo por mostrarle cierta disconformidad entre sus propósitos y sus acciones, quebré para siempre aquel afecto venerado que ha sido mi orgullo.

Julio 15 de 1901

Sr. D. Luis R. Contreras.

Podrá usted «quererme», «respetarme» y «admirarme» mucho, pero no lo demuestra gran cosa la misma carta en que acaba de repetírmelo, modelo, ciertamente, de inconsideración y de agresiva petulancia, sin que en ella quepa la disculpa de la prisa porque ha tenido el parto una gestación de mes y medio.

Y nada más quiero ni debo decir de este peregrino documento que rebasa, con mucho, de los límites de cuanto pueda sufrir sin protesta en punto á genialidades, *su injustamente agraviado amigo,*—J. M. DE PEREDA.

Sí; yo había meditado largamente la respuesta, y la di, sereno, sin obedecer á resquemores, molestias ni piques de amor propio, con aquella tranquilidad que tanto alababa en mí, hace años, el ilustre maestro, y que aisla mi juicio de toda influencia vituperable.

Terminaré, con el final de mi última carta.

«Mis cariños, mis respetos y mis admiracio-

»nes, los juzgo tan míos, que ni siquiera los pon»go á merced de la persona que me los inspira. »Esto será una soberbia y una *petulancia* más, »no lo dudo, pero es lo que juzga y siente su »devoto,

Luis Ruiz y Contreras.»

FIN